

9681.

VICENTE COLORADO

RINCONETE

Y CORTADILLO

*Miguel de Cervantes*

COMEDIA

*Seavedra*

4

MADRID

B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR

FLOR BAJA NÚM. 9



A Rodrigo Amador de  
los Rios, mi viejo amigo

V. Colorado

OBRAS DRAMÁTICAS

# VICENTE COLORADO

---

## OBRAS DRAMÁTICAS

*De carne y hueso*, drama en tres actos y en verso.

*Yo pecador*, cuadro dramático en verso.

*Francisca de Rímini*, drama en tres actos y en verso.

*El acta*, comedia en un acto y en verso.

*Padre nuestro*, cuadro dramático en verso.

*Rinconete y Cortadillo*, comedia en tres actos y en verso.

## EN PREPARACION

*Día de prueba*, drama en tres actos y en verso.

*Dios te salve, María*, drama en cuatro actos y en verso.

VICENTE COLORADO

---

# Rinconete y Cortadillo.

COMEDIA EN TRES ACTOS

y en verso, sacada de la novela ejemplar de Cervantes.



MADRID

B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR

Flor baja, núm. 9.

---

Imprenta de Antonio Marzo, calle de las Pozas, núm. 12.

Al Sr.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo,

*á quien tanto deben la cultura y las letras  
españolas.*

V. Colorado.



## El por qué.

---

*Un padecimiento crónico del estómago que me impide tragar porquerías, la imbecilidad de los cómicos, las intrigas de los que nada pueden, y las malas pasiones de los que tienen más reputación que mérito, son causas bastantes para que dé mis obras á la imprenta y no al teatro.*

V. C.

# PERSONAJES

---

CORTADILLO.  
GANANCIOSA.  
LA CARIHARTA.  
LA MADRE PIPOTA.  
RINCONETE.  
MONIPODIO.  
CHIQUIZNAQUE.  
MANIFERRO.  
MESONERO.  
ARRIERO.  
SACRISTÁN DE LAS MONJAS.  
TAGARETE.  
CAPITÁN.  
SILBATILLO.  
GANCHUELO.  
UN ALCALDE.  
UN ALFÉREZ.

Alguaciles, galeotes, soldados y gente del pueblo.

La acción en Sevilla; siglo XVI.

## OBSERVACIONES

### ACERCA DE ALGUNOS PERSONAJES DE ESTA COMEDIA

---

*Al transcribir aquí las descripciones que el mismo Cervantes traza de los personajes de su novela ejemplar **Rinconete y Cortadillo**, no es mi intención que se tomen al pie de la letra, sino que se tengan presentes para caracterizar mejor los tipos, sin detrimento de su belleza artística: por mi parte, añado algunas observaciones que juzgo oportunas desde mi punto de vista.*

Cortadillo y Rinconete... «dos muchachos de hasta de edad de catorce á quince años el uno (Cortadillo), y el otro no pasaba de diez y siete (Rinconete); ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían, los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno (Cortadillo) eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro (Rinconete), picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno (Cortadillo) montera verde, el otro (Rinconete) un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y ceñida por los pechos, traía uno (Cortadillo) una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro (Rinconete) venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que

después pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias; el uno (Rinconete) tenía una media espada, y el otro (Cortadillo) un cuchillo de cachas amarillentas, que los suelen llamar vaqueros.»

Gananciosa y la Cariharta... «mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anasco-te, llenas de desenfado y desvergüenza, señales claras por donde, en viéndolas, conocieron que eran de la casa llana.»

Gananciosa es mucho más joven que la Cariharta, y ésta más desenvuelta, desgarrada y astrosa que aquélla; Gananciosa es de hermosura más natural, con menos afeites en la cara, más compuesta en el traje y de modales relativamente honestos.

Monipodio... «alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en camisa, y por la abertura de delante, descubría un bosque; tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zara-güelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda. Atravesábale un tahali por la espalda y pecho, á do colgaba una espada

*ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos y las uñas hembras y remachadas, las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo.»*

*Chiquiznaque y Maniferro... «dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina.»*

*Lo de «bizarro mozo» no reza con Chiquiznaque, que es más descuidado de su persona, desaliñado en el traje y de modales más rudos y groseros; es un cobarde, rastrero, miedoso y asustadizo, villanesco, rufián y dicharachero. Maniferro es un cobarde fanfarrón, muy echado hacia atrás, que mira á todo el mundo de través, por encima del hombro, á hurtadillas, de reojo, de arriba á abajo, pero nunca de frente; es grave en la acción, tieso en la apostura, conciso de palabras, de voz campanuda y andar acompasado y breve; lleva siempre la mano puesta en el puño de la espada, con la que levanta por detrás el vuelo de la capa.*



# ACTO PRIMERO

---

Arrabal de Sevilla; en el ángulo de la derecha del foro, la Puerta de la ciudad, en uno de cuyos lados hay una hornacina con la imagen de la Virgen, que está alumbrada con un farolillo; más allá de la Puerta asoma el río, que se extiende por el fondo hasta ocultarse en la izquierda, viéndose anclada en él parte de una flota de galeras; en el primer término izquierda, la fachada de un mesón, con soportal ó cobertizo á la entrada, mesa y asientos de madera; en el primer término derecha, una casa de mala apariencia, que es la de Monipodio, y, entre la casa y la Puerta de la ciudad, entre el mesón y el río, en las orillas de éste y en el foro, frondosa arboleda. Mucha luz, mucho ambiente y mucho color.

## ESCENA PRIMERA

### EL MESONERO Y EL ARRIERO

El ARRIERO sentado á la mesa debajo del cobertizo, bebe vino que se sirve de un jarro, y el MESONERO, de pie y con las manos apoyadas en la mesa, se halla al lado opuesto.

ARRIERO. ¿Decís que fué en esta venta?

MESON. No señor; lo que os he dicho sucedió hace muchos años y muy lejos de estos sitios. Esto no es venta, es mesón;

mas, como el mesón es mío,  
mía era entonces la venta  
donde ocurrió tal prodigio.

ARRIERO. Según eso, ¿conocisteis  
á Don Quijote?

MESON. Le he visto  
muchas veces. ¿Y vos?

ARRIERO. Nunca  
le he encontrado en mi camino;  
peró una hija que tengo  
ya moza, y tan dada á libros,  
que por leerlos olvida  
más útiles ejercicios  
y el cuidado de la hacienda,  
me leyó á ratos perdidos  
la historia del ingenioso  
hidalgo.

MESON. Tengo ese libro.

ARRIERO. ¿Y es cierto que fuísteis vos,  
según refiere el escrito,  
el que le armó caballero  
á Don Quijote?

MESON. Yo he sido.

ARRIERO. Pues hacedme la merced  
de echar un trago conmigo,  
y decid cómo pasó.

MESON. Acepto. (Se sienta y se sirve vino.)

ARRIERO. Soy todo oídos.

MESON. A vuestra salud.

(Bebe, se limpia la boca con el dorso de la  
mano, deja el vaso y se acomoda bien en el  
asiento; todo ello con gran reposo.)

Fué un día

caluroso del estío,  
poco antes de anocheecer;  
yo me hallaba entretenido  
dentro de la venta, dando  
de comer á unos pollinos,  
y encerrando una manada  
de puercos (que, sea dicho  
sin perdón, así se llaman),  
cuando oí risas y gritos  
hacia la parte de afuera,  
y como siguiera el ruido  
y el alboroto, sin trazas  
de acabar, muy despacico  
me fuí á ver lo que ocurría;  
salgo al raso, y, de improviso,  
se presentó ante mis ojos  
el cuadro más divertido  
que os podéis imaginar  
ni cristiano alguno ha visto.  
Había acaso á la puerta,  
con muchas cintas y rizos,  
dos mujeres mozas de estas  
que se llaman *del partido*,  
y, á muy corto trecho, un hombre  
á caballo en un rocino,  
que eran la estampa del hambre,  
y el caballero vestido  
con armas tan desiguales,  
que en poco estuvo si imito  
en su contento á las mozas;  
pero como soy pacífico,  
y me asustó aquella máquina  
de pertrechos tan distintos,

determiné interrogarle  
en tonos muy comedidos.  
A las primeras palabras  
que uno con otro tuvimos,  
comprendí que el tal tenía  
seco el cerebro y el juicio;  
declaró que era su nombre,  
con el de su patria unido,  
Don Quijote de la Mancha;  
añadió que era su oficio  
el de caballero andante,  
sus camas peñas y riscos,  
su dormir siempre velar,  
que mi venta era castillo,  
doncellas las dos traídas  
y llevadas que os he dicho,  
y á quienes, al desarmarle,  
con mucho donaire dijo:  
«Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido,  
como fuera Don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas curaban del,  
princesas de su rocino.»

ARRIERO. ¡Jamás dió loco en el mundo  
en más extraño capricho!

MESON. Y bien lo podéis decir,  
pues, según tengo entendido,  
tenía la fantasía  
llena de cuanto en los libros  
se dice de encantamentos,  
pendencias y desafíos,  
batallas, amores y otros

imposibles desatinos.  
Pero volviendo á mi historia:  
viendo al huésped tan molido,  
las mozas le preguntaron  
si comería en tal sitio  
alguna cosa. —«Cualquiera  
yantaría yo, les dijo,  
pues me haría mucho al caso  
á lo que entiendo, ahora mismo.»  
A dicha acertó á ser viernes,  
y en la venta no teníamos  
más que abadejo, que llaman  
bacallao y curadillo  
y truchuela en otras partes,  
y él repuso en un suspiro:  
—«Como haya muchas truchuelas,  
podrán servirme, imagino,  
de una trucha; que da tanto  
ocho reales en sencillos  
como una pieza de á ocho,  
que para el caso es lo mismo;  
y aun pueden estas truchuelas  
ser también por el estilo,  
que la ternera es mejor  
que la vaca, y el cabrito  
que el cabrón. Mas venga luego,  
que el trabajo y ejercicio  
de las armas, no se puede  
sobrellevar sin auxilio  
y gobierno de las tripas.»  
En fin, comió cuanto quiso  
de lo que hubo, y, acabada  
que fué la cena, me hizo

que le siguiera al establo,  
donde, encerrado conmigo  
é hincándose de rodillas,  
sin más preámbulos dijo:  
— «Nunca me levantaré  
de donde estoy, aunque siglos  
de vida haya, valeroso  
caballero, si un servicio  
no me otorgáis que ahora quiero  
á vuestras plantas pedir,os,  
y el cual ha de redundar  
en provecho y beneficio  
vuestro y del género humano;  
y él es que mañana mismo  
me habéis de armar caballero;  
pero antes de ello es preciso  
que esta noche, en la capilla  
que tiene vuestro castillo,  
vele las armas, y así,  
mañana, como ya he dicho,  
se cumplirán mis deseos  
é iré por esos caminos  
á buscar las aventuras  
que me depare el destino.»  
En resolución, que yo,  
siguiéndole el estribillo,  
hice capilla del patio  
y altar la pila. Tuvimos  
con unos arrieros palos,  
pedradas, y dos heridos  
de manos de Don Quijote,  
hasta que al fin cogí el libro  
en que asentaba la paja

y cebada del servicio,  
y, con un cabo de vela,  
que trujo encendido un chico,  
y las dos dichas doncellas  
que se juntaron conmigo,  
mando poner de rodillas  
á mi huésped, abro el libro,  
murmuro como el que lee  
una oración de corrido,  
y en mitad de la leyenda  
alzo la mano, y le arrimo  
sobre el cuello un golpe; luego,  
con la espada, le propino  
un gentil espaldarazo  
(siempre con suaves gruñidos  
como el que reza), y, hecho esto,  
á una de las mozas digo  
que ciña al huésped la espada,  
como en efecto lo hizo.  
Preguntóla Don Quijote  
cómo se llamaba, y dijo  
que la Tolosa, á lo que él  
la pidió muy expresivo  
que por su amor se llamase  
doña Tolosa. Y lo mismo  
pasó con la otra doncella,  
la cual, con no menos brío,  
le calzó la espuela, y fué  
preguntada, y ella dijo  
llamarse la Molinera,  
á lo que el huésped la hizo  
ponerse el don, y llamarse  
doña Molinera. Listo

ya todo, y hechas de pronto,  
para ahorrar nuevos peligros,  
las hasta allí nunca vistas  
ceremonias que he descrito,  
no vió la hora Don Quijote  
de salir ya del castillo  
á buscar las aventuras  
que tal tenían su juicio,  
y ensillando á Rocinante,  
subió en él á tiempo mismo  
que el alba, ahuyentando sombras,  
salió á alumbrarle el camino.

ARRIERO. ¿Y sabéis en qué lugar  
ha muerto?

MESON. Donde ha nacido:  
en un lugar de la Mancha,  
de cuyo nombre no quiso  
acordarse el coronista,  
y que jamás se ha sabido.

ARRIERO. ¡Extraña historia!  
(Pausa y transición.) ¡Ea! demos  
alegre fin de este vino.  
A vuestra salud.

MESON. Que siempre  
gocéis de ella. (Beben.) Ahora á mi avío.

ARRIERO. Y yo á cuidar de mi recua;  
que he de ponerme en camino  
antes de que el sol se oculte.  
Vamos.

MESON: (A la puerta del mesón.)

Pasad.

ARRIERO. (Entrando.) Es lo mismo.

## ESCENA II

### CORTADILLO

Muy alegre y bullicioso, mirando á todas partes.

¡Qué hermoso el sol, qué brillante!  
¡qué limpio y qué azul el cielo!...  
¡quién pudiera alzar el vuelo  
é ir por la tierra adelante  
cruzando valles, montañas,  
hacia otros mundos mejores;  
viendo ríos, fuentes, flores  
y cosas nuevas y extrañas!  
¡Qué placer y qué alegría  
hacer un nido en la rama,  
picotear en la grama  
del campo y cantar de día;  
y luego seguir volando,  
siempre dichoso y contento,  
sobre las alas del viento  
cantando, siempre cantando!  
¡Oh, pajarillo que vas  
lejos del mundo y la gente  
por el cielo alegremente,  
qué venturoso serás!  
¡Qué dicha habrá que se iguale  
á la que tu pecho encierra!  
¡ni qué palacio en la tierra  
vale lo que el tuyo vale!  
Arriba el azul cristal  
que á tu mirada se pierde,

abajo la tierra verde  
que en extensión le es igual.  
Donde tu gusto te inclina  
hallas, cual rico tributo,  
dulce y sazonado fruto  
y agua fresca y cristalina.  
¡Qué armonioso es tu cantar!  
¡qué hermosas que son tus galas!...  
Pájaro, dame tus alas;  
yo también quiero volar.  
(Quédase en el fondo, de espaldas al público, mirando al río.)

### ESCENA III

#### CORTADILLO y RINCONETE

RINCONETE viene andando poco á poco y husmeando en todas direcciones; su tono es jovial y burlón, y su expresión gravemente picaresca.

RINCON. ¡Que solo está el arrabal!

(Pausa; sigue andando, y al volverse, repara en Cortadillo.)

¡Calla! allí hay un personaje  
que parece por su traje  
persona muy principal.  
Le saludaré, que ahora,  
y en toda ocasión, la gente  
debe de ser complaciente,  
cortés y saludadora.

Vamos, pues, allá.

(Se dirige adonde está Cortadillo, s'n que éste lo

note, y una vez á su lado, exclama, haciendo una profunda y cómica reverencia)

¡Señor!...

(Cortadillo se vuelve sorprendido, y Rinconet\*, al verlo de frente, prorrumpe con truhanesca admiración:)

¡Oh! ¡qué gentil apostura!

CORT. Si es mala, se me figura  
que la vuestra no es mejor.

RINCON. Pues porque tenéis mi traza  
y lucís mi gentileza,  
y hais de ser tan buena pieza  
como son los de mi raza,  
creedme, señor hidalgo,  
que bastó tan sólo el veros  
para venir á ofreceros  
cuanto soy y cuanto valgo.

CORT. Os lo estimo muy de veras.

RINCON. ¿Qué hacéis aquí?

CORT. Señor mío,  
lo que veis; mirando al río  
y ésa flotá de galeras,  
aves marinas que mueve  
y arrulla el Guadalquivir,  
y que muy pronto han de ir  
á donde el azar las lleve.

RINCON. (Santiguándose.)

¡Dios nos libre de sus garras!

CORT. ¡Bahl pues yo en mi fantasía  
ahora en ellas me veía  
desanudar las amarras,  
y, muy contento y ufano,  
me dejaba blandamente

arrastrar por la corriente  
hasta el gran mar Oceano,  
que brinda, á quien ambicione  
los triunfos de la fortuna,  
una tierra cual ninguna,  
allá, donde el sol se pone.

RINCON. Tenéis la imaginación  
demasiado aventurera.

CORT. Cada uno es á su manera.

RINCON. Mas, de vuestra condición,  
ninguno.

CORT. Poco os asombra.

RINCON. Pero aquí el sol cae de plano,  
y, para hablar mano á mano,  
mejor se estará á la sombra  
debajo del cobertizo;  
así se refrescará  
vuestro cerebro, que está,  
según parece, enfermizo.

CORT. Nunca mejor me sentí.

(Se sientan.)

RINCON. Y decidme, gentil hombre  
(pues aún no sé vuestro nombre),  
¿dónde bueno por aquí?

CORT. ¿Vuestra merced no lo atina?

RINCON. Nó.

CORT. Pues entonces no yerra.

RINCON. Decid cuál es vuestra tierra,  
y para dónde camina.

CORT. ¿Cuál es mi tierra?... no sé;  
¿dónde camino?... tampoco.

RINCON. ¿Vuestra merced está loco,  
ó se burla?



con ese corte famoso!  
pues clérigos y seglares,  
os pedirán á granel  
flores y hojas de papel  
para adornar los altares.

CORT. No es ese el corte á que yo  
me dedico.

RINCON. ¿Es otro?

CORT. Sí.

Mi padre es sastre, y á mí  
de su oficio me enseñó  
á cortar ropa, y tan diestro  
soy en cortarla hoy en día,  
que ahora mismo me podría  
examinar de maestro.

RINCON. Bien está; pero imagino  
que, á más de maestro sastre,  
su merced es un pillastre  
muy redomado y ladino;  
pues da de ojo que, á la par  
de esas costumbres discretas,  
tiene otras gracias secretas  
que no quiere revelar.

CORT. Sí tengo; mas porque son  
secretas, como ha apuntado  
su merced, las he dejado  
para mejor ocasión.

RINCON. Pues sepa, si no lo sabe,  
que soy mozo muy secreto,  
y que guardar os prometo  
cuanto digáis, bajo llave.  
Y para obligaros más,  
os descubriré mi pecho,

y haré lo que no habéis hecho  
por receloso quizás;  
porque tengo para mí  
que no sin misterio, el hado  
á los dos nos ha juntado  
con algún objeto aquí.

Y, pues, libres de testigos  
nos hallamos frente á frente,  
y hemos de ser ciertamente  
dos verdaderos amigos,  
oid de mi corta vida  
la historia que á decir voy.

(Pausa; se acomodan bien en sus asientos.)

Yo, señor hidalgo, soy  
natural de la Fuenfrida.  
Mi nombre es Pedro Rincón;  
pero desde mozalbete  
me llamaron Rinconete,  
y por éste doy razón.

A mi padre, que es bulero,  
le acompañé en tal servicio,  
pero yo más que á su oficio,  
me aficioné á su dinero;

y, valido de un ardid,  
cierto día me abracé  
á un talego que le hurté,  
y dí con él en Madrid.

Triunfé y viví á lo señor,  
prendióme la autoridad,  
y, en gracia á mi poca edad,  
y por no tener favor,  
me mosquearon de firme;  
salí después desterrado,

y de entōnces, me he ganado  
la vida, con sólo irme  
por los mesones y ventas  
con estos naipes  
(sacándolos del pecho) que son,  
como tendréis ocasión  
de ver, mis mejores rentas.  
Que aunque ellos están astrosos  
y de color de aceituna,  
son, jugando á la veintiuna,  
unos naipes prodigiosos;  
pues cuando yo les barajo,  
alzo y corto, no hay manera  
ni forma, sea como quiera,  
de que no haya un as debajo;  
y si jugásteis quizás  
la veintiuna á la baraja,  
ya sabéis cuánta ventaja  
es tener á mano un as;  
porque el as, lo mismo pasa  
y vale once tantos que uno;  
dado á tiempo hace veintiuno,  
y el dinero queda en casa.  
De aquí á un rato, entre los dos,  
hemos de armar esta red,  
y verá vuestra merced  
cómo nos ayuda Dios.

CORT. Sea en buen hora, y púes mi vida  
tras la vuestra he de contar,  
no quiero hacerme esperar  
y doy principio en seguida.  
Mi nombre es Diego Cortado,  
mas también desde chiquillo

me llamaron Cortadillo,  
y Cortadillo he quedado.  
Soy natural del Pedroso,  
lugar puesto entre Medina  
y la ciudad salmantina,  
pueblo muy rico y famoso.  
Mi padre, cual referí,  
ropa me enseñó á cortar,  
pero yo, por mejorar,  
á cortar bolsas me dí.  
Mi afición, de mi madrastra  
el trato desamorado,  
y, más que nada, cansado  
de la vida que se arrastra  
en tan estrecho lugar,  
forjaron en mí el profundo  
deseo de correr mundo...  
y al fin me vine á escapar.  
Fuime derecho á Toledo,  
y allí me dediqué al corte,  
con tal maña y tan buen porte,  
que con verdad decir puedo  
que no hubo oculto bolsillo,  
relicario y faltriqueras  
que al golpe de sus tijeras  
no atrapase Cortadillo.  
Así anduve, hasta que un día  
de mi perfecta labor  
dió parte al córrégidor  
para prenderme, un usía;  
me lo contaron, y luego  
que hube visto ser verdad,  
con la mayor brevedad

tomé las de Villadiego;  
hasta que al fin he llegado  
de madrugada á Sevilla,  
donde me halláis á la orilla  
de ese río, embelesado  
delante de esas galeras  
que al parecer me miraban  
amorosas, y me hablaban  
de cosas muy lisonjeras:  
de una tierra prometida,  
de cielos más refulgentes,  
de otros climas, de otras gentes  
y de otra más dulce vida.

RINCON. Mal se aviene tal humor  
con el oficio que habéis  
de cortar bolsas.

CORT. ¿No veis  
que es lo mismo?

RINCON. No, señor.

CORT. Uno son los dos estados;  
las Indias, Italia y Flandes  
son bolsas mucho más grandes  
que cortan nuestros soldados.

RINCON. Tenéis expedita y franca  
la lengua. Pero pensemos  
en que los dos no tenemos  
traje, zapatos ni blanca,  
y dejemos esa historia  
que á nada conduce.

CORT. Sea;  
y porque su merced vea  
que para todo hay memoria,  
anuden unos abrazos,

con toda solemnidad,  
nuestra perpetua amistad.

RINCON. Pues vengan pronto esos brazos.

(Se levantan y se abrazan.)

CORT. ¡Rinconete!

RINCON. ¡Cortadillo!

CORT. Amigos nos hizo Dios.

RINCON. Desde hoy no habrá entre los dos  
más que un alma y un bolsillo.

(Vuelven á sentarse.)

Ahora os tengo de enseñar  
cómo se hace la veintiuna;  
y si es que alguien, por fortuna,  
se acerca á vernos jugar  
y quiere hacer el tercero,  
pensando que va de veras,  
veréis de cuántas maneras  
le sacamos el dinero.

(Rinconete hace que enseña á Cortadillo las trampas del juego, y después se ponen á jugar.)

#### ESCENA IV

CORTADILLO y RINCONETE jugando á las cartas; MONIPODIO,  
CHIZNAQUE y MANIFERRO que salen por este orden de la  
casa del primer término derecha, y, cuando se indique, el  
ARRIERO.

MONIP. Ven, valiente Chiquiznaque,  
y colócate á mi izquierda,  
y tú, bravo Maniferro,  
ven y ponte á mi derecha.

(Lo hacen así.)

Estadme atentos los dos  
porque ha caído tarea. (Pausa.)  
Voy á hablar con Maniferro.

MANIF. Aquí estoy.

MONIP. Con toda urgencia  
hay que dar de cuchilladas...

MANIF. Se darán.

MONIP. Bueno es que sepas  
á quién. Se trata de un mozo  
valiente y mala cabeza  
que ha seducido á la hija  
de un mercader, y se niega  
á enderezar este tuerto  
que ha inferido á la doncella.  
El mercader mencionado  
me ha entregado á buena cuenta  
cincuenta escudos cabales,  
y además una cadena  
de oro de ley, no de alquimia,  
para que hagamos que sea,  
sin haber sido casada,  
viuda esa moza soltera.

MANIF. Dele su merced por muerto.

MONIP. (Entregándole un papel.)

Pues aquí tienes las señas  
del mozo.

MANIF. (Guardándose el papel.) Rogad por él.

(Aparece el Arriero en la puerta del mesón y se dirige á Rinconete y Cortadillo)

ARRIE. ¿Qué hacen sus mercedes? ¿juegan?

RINCON. Sí, señor; á la veintiuna.

ARRIE. Pues terciaré, si me dejan.

CORT. ¡Ya lo creo! por nosotros  
puede jugar cuanto quiera.

ARRIE. (Aparte y sentándose.)  
(A estos muchachos les limpio  
todo el dinero que tengan  
en menos que canta un gallo.)

RINCON. Ahí van cartas. (Siguen jugando.)

MANIF. (A Monipodio.) Cosa hecha,  
señor Monipodio.

MONIP. Ahora  
me dirijo al de mi izquierda,  
al valiente Chiquiznaque.

CHIQU. (Aparte.) ¡Dios me la depare buena!

MONIP. Hay que dar cuarenta palos...

CHIQU. ¿Nada menos que cuarenta?

MONIP. Ni uno menos. Al marido  
de una dama, que se queja  
de que no cumple su esposo  
con su deber; y ha sido ella  
quien me entregó treinta escudos  
porque esos palos se dieran  
esta misma noche.

CHIQU. En poco  
le estima.

MONIP. Calla y no seas  
precipitado, ni juzgues  
mal de esa señora; aún quedan  
otros tantos, que dará  
tan luego como le muelan  
las costillas á su cónyuge.

CHIQU. (Aparte) ¡Valiente susto me esperal!  
(Á Monipodio.) ¿Y cómo va á averiguar  
la dama que son cuarenta

los palos que su marido  
recibe?

MONIP. (Dándole un papel.) Aquí están las señas  
del marido y de la casa;  
tú le aguardas á la puerta,  
das los palos allí mismo,  
y ella, detrás de la reja,  
irá contando uno á uno  
hasta que des los cuarenta.

CHIQU. (Aparte) ¡No hay escape! ¡habráse visto  
mujer más astuta y perra!)  
(Á Monipodio.) ¿No fuera mucho mejor  
que yo al marido le diera,  
en vez de cuarenta palos,  
noticia exacta y secreta  
del regalo que su esposa  
quiere hacerle?

MONIP. Ten la lengua  
y no sigas, Chiquiznaque.  
¿No ves que de esa manera  
quedaríamos sin honra,  
sin honor y sin vergüenza?

CHIQU. Pero también el marido  
nos daría por la nueva  
el doble que su mujer.

MONIP. Chiquiznaque, no me tientas  
la codicia; lo primero  
es que saldemos la cuenta  
y que reciba esos palos.  
Yo soy hombre de conciencia  
y no transijo ni mucho,  
ni poco, ni nada.

CHIQU. Sea .

así, señor Monipodio.  
MONIP. No digo yo que á la vuelta  
de algún tiempo, cuando ya  
esté en la convalecencia  
de los palos, si lo paga  
muy bien y en buena moneda,  
no vendamos el secreto  
si el saberlo le interesa;  
pero, mientras tanto, hablen  
los puños y no la lengua.  
(Breve pausa y transición.)  
Voy á ver al alguacil  
que en nuestros asuntos media  
con la justicia, y protege  
nuestra muy noble academia  
de vagabundos, á fin  
de que no haya impedimenta  
en palos y cuchilladas,  
hurtos y... etcétera, etcétera.  
Luego se repartirán  
entre todos las preseas  
ganadas con tanto honor  
por calles y por plazuelas  
en estas lides del hurto;  
muy pronto estaré de vuelta.  
Mi valiente Chiquiznaque,  
no olvides que son cuarenta;  
y tú, bravo Maniferro,  
buena suerte y Dios te absuelva.  
MANIF. Que él os guarde.  
CHIQU. Que él nos guarde.

(Larga pausa, durante la cual los dos bravos permanecen inmóviles en sus sitios; Monipodio se

dirige á la Puerta de la ciudad, por donde desaparece, arrodillándose y santiguándose al pasar frente á la imagen de la Virgen.)

MANIF. (Después de sacar y leer el papel que le dió Monipodio.)  
Voy, le mato...

CHIQU. — ¿Y qué?

MANIF. (Dobla el papel, lo guarda, se cala el sombrero, y dice echándose el embozo.)

Le entierran.

## ESCENA V

CORTADILLO, RINCONETE y el ARRIERO jugando á las cartas; CHIQUIZNAQUE en medio de la escena, y, cuando se indique, la CARIHARTA y el SACRISTÁN DE LAS MONJAS.

CHIQU. Decir, se dice muy bien:  
«Chiquiznaque, da cuarenta palos...» ¡No que no!... y cincuenta, y ciento diera también si se los dejasen dar en paz y en gracia de Dios; mas, si no quieren... ni á dos va á ser posible llegar; porque al sentir el primero se volverán contra mí, me largarán otros, y... ¡pies míos, para qué os quiero! (Pausa.) ¡La bruja de la mujer!... ¡Tendrá un genio!... ¡y será fea!

Cuando al marido apalea  
por... ¡qué horrible debe ser!

CARIH. (Por el fondo izquierda.)

Chiquiznaque.

CHIQU. (Preocupado y sin darse cuenta.) Cariharta.

(Hablando consigo mismo.)

¡Y ella estará de testigo!

CARIH. ¿Qué estás diciendo?

CHIQU. ¿Qué digo?...

pues... ¡que mal rayo la parta!

CARIH. ¿A quién?

CHIQU. A aquella mujer

por la cual me veo así.

CARIH. ¿A mí?

CHIQU. ¡Quién habla de ti!

CARIH. ¿Pues con quién tienes que ver  
si no es conmigo?

CHIQU. ¡Ojalá

fuera cierto!

CARIH. (Poniéndole los puños en la cara.)

Chiquiznaque,

ten cuidado, no te saque  
los ojos.

CHIQU. ¿Tú á mí?

(Dándola un empellón.) ¡Arre allá!

no seas tan pegadiza,

que hoy tengo cara de palo

y, si chistas, te regalo,

como hay Dios, una paliza.

ARRIE. (Levantándose amoscado y resuelto á armar ca-  
morra.)

¡Ea! ya esto se acabó;

devolvedme lo perdido,

- que todo fué broma.
- RINCON. Ha sido  
de veras.
- ARRIE. Digo que no.
- CORT. Antes de jugar se mira  
uno bien,
- ARRIE. Es que os advierto  
que hicísteis trampa.
- RINCON. No es cierto.
- ARRIE. Con naipes falsos.
- CORT. Mentira.
- ARRIE. Venga, pues.
- RINCON. Lo hemos ganado.
- ARRIE. Mi dinero.
- CORT. Es nuestro ya.
- ARRIE. Es mío.
- RINCON. No.
- CORT. No.
- ARRIE. (Yendo á ellos en actitud agresiva.) Lo será  
por fuerza, si no de grado.  
(Rinconete y Cortadillo retroceden y sacan sus  
armas.)
- RINCON. Venid por él; os espero.
- CORT. Lo sabremos defender.
- RINCON. Sin duda queréis perder  
la vida como el dinero. (Le acometen.)
- ARRIE. ¡Favor! ¡socorro!  
(Chiquiznaque y la Cariharta intervienen y los  
separan.)
- CHIQU. ¡Alto ahí!  
¿qué sucede?
- RINCON. (Señalando al Arriero.) Hemos jugado,  
ha perdido, y ha intentado

robarnos á éste y á mí.

(El Arriero quiere protestar y la Cariharta le detiene.)

CHIQU. (Á Rinconete.) Bueno será que preciséis cuánto importan los caudales en cuestión.

RINCON. Pues doce reales y veinte maravedises.

ARRIE. Eso.

CHIQU. ¿Y por una bicoca su merced arma ese ruido?... Delo por muy bien perdido; á callar, y punto en boca.

ARRIE. Es que no entra en mis costumbres perder, aun yendo mal dadas, y es darme doce lanzadas y veinte mil pesadumbres sacarme á mí ese dinero que tuve en mi propia mano.

CHIQU. ¿Su merced es escribano?

ARRIE. No señor, que soy arriero.

(El Sacristán de las monjas, que ha aparecido momentos antes por la derecha, y oye esta última frase al ir á entrar en el mesón, vuelve atrás, y se dirige al Arriero.)

SACRIS. ¿Seríais vos, por ventura, el arriero que ha venido de Córdoba, y ha traído encargos y confitura para las madres que están en el convento del Prado?

ARRIE. El mismo que habéis nombrado.

SACRIS. Pues yo soy el Sacristán

- de las monjas.
- ARRIE. La ocasión  
celebro de saldaros.  
¿Qué queréis?
- SACRIS. Vengo á pagaros.
- ARRIE. (Después de dirigir á todos una mirada de desconfianza.)  
Venid conmigo al mesón.  
(Cortadillo les sigue y se queda á la puerta del mesón observando lo que pasa dentro.)

## ESCENA VI

CORTADILLO á la puerta del mesón; RINCONETE en el centro de la escena, y CHIQUIZNAQUE y la CARIHARTA, á la derecha.

- CHIQU. (Aparte á la Cariharta, y señalando á Rinconete.)  
Voy á dejarme caer.  
(Va adonde está Rinconete, y dice golpeándole en el hombro)  
Escucha, tengo que hablarte.
- RINCON. Hablad.
- CHIQU. Me llamo á la parte.
- RINCON. ¿De qué?
- CHIQU. ¡Pues de qué ha de ser!  
de esos cuartos que por mí  
son nuestros, y de los cuales  
vas á darme cinco reales.
- RINCON. No doy ni un maravedí.
- CHIQU. (Incomodado.) ¡Cómo que no! Pues si yo  
no te hubiera defendido...

RINCON. (Con calma.) Ya lo veis, habéis perdido el tiempo; nadie os llamó.

CHIQU. (Con malos modos.)  
Si no los quieres soltar,  
yo te los sabré exigir.

RINCON. Contra el vicio de pedir  
hay la virtud de no dar;  
mas si esto no os convenciera,  
tengo aquí una media espada  
que con valor manejada  
vale por espada entera.  
Y os ruego, para acabar,  
que me tratéis con respeto;  
de lo contrario, os prometo  
que he de hacerme respetar.

CHIQU. (Gritando.) ¿Tú no sabes?...

RINCON. (Con imperio, y avanzando hacia Chiquiznaque.)  
Ya os he dicho  
que no os toméis confianzas.

CHIQU. (Retrocediendo y sonriente.)  
¡Si es chanzal!

RINCON. No quiero chanzas  
con vos.

CHIQU. En fin, si es capricho...

RINCON. Mandato.

CHIQU. (Entre dientes.) Por no reñir...

RINCON. (Echando mano á la espada.)  
Riñamos.

CHIQU. No puede ser;  
porque ahora tengo que hacer,  
hidalgo.

RINCON. Ya os podéis ir.

CHIQU. Tenéis el genio muy vivo.

RINCON. Casi tanto como vos  
la lengua.

CHIQU. Quedad con Dios.

RINCON. Id con él.

CHIQU. (Aparte y retirándose hacia el foro.)

(Si ahora recibo  
los cuarenta entre el cogote  
y la rabadilla, quedo,  
por mi valor y denuedo,  
para mondongo y jigote.)

CARIH. (Corriendo detrás de Chiquiznaque.)  
Chiquiznaque.

CHIQU. (Con rabia y malos modos.) ¿No te digo  
que me dejes?

CARIH. No te irás  
sin llevarme. ¿A dónde vas?

CHIQU. ¡Al diablol

CARIH. Pues voy contigo.

CHIQU. ¡Mira que te abro los sesos!

CARIH. No importa.

CHIQU. ¡Que va á llover  
mucho palo!

CARIH. Ello ha de ser.

CHIQU. Pues te calarás los huesos.

## ESCENA VII

CORTADILLO, RINCONETE, y, cuando se iridique, el SACRISTÁN  
DE LAS MONJAS y el ARRIERO.

CORT. (Llegándose adonde está Rinconete, á quien le  
dice á media voz y con misterio.)  
Ha llegado la ocasión



(Mientras el Sacristán habla con el Arriero, Cortadillo le quita al Sacristán el pañuelo que lleva en el bolsillo, de modo que el público se entere.)

ARRIE. (Dentro del mesón.)  
Gracias por su buen deseo.  
Ya sabéis dónde me tiene,  
y mándeme si le puedo  
servir en algo.

SACRIS. Que Dios  
os guarde.

ARRIE. (Retirándose.) Y á vos el cielo.  
(El Sacristán se dirige á la Puerta de la ciudad; Cortadillo le sigue hasta la mitad de la escena, donde deja caer el pañuelo al suelo y se retira algunos pasos atrás.)

SACRIS. (Que al llegar frente á la imagen de la Virgen se ha arrodillado y dicho mentalmente una oración, se levanta y exclama santiguándose):  
... y del Espíritu Santo,  
amén, Jesús.

CORT. (Llamándole.) Caballero...

SACRIS. ¿Me llamábais?

CORT. Sí, pues debe  
de ser vuestro este pañuelo.

SACRIS. (Registrándose los bolsillos.)  
¿Mío?... Ciertamente, es mío.  
(Dirigiéndose á coger el pañuelo.)  
Con el alma os agradezco  
el que me hayáis avisado

(Al bajarse el Sacristán á coger el pañuelo, Cortadillo, que habrá quedado detrás, le saca muy sutilmente la bolsa que lleva aquél en la faltriquera, de suerte que el público lo vea.)

porque es para mí un recuerdo

de gran valor. Muchas gracias,  
hidalgo.

CORT. Soy siempre vuestro.

(Pausa. El Sacristán se retira; después Cortadillo va hasta la Puerta de la ciudad, observa un rato y vuelve corriendo adonde está Rinconete.)

¿Habéis visto, Rinconete?  
¿habéis visto? Aquí tenemos  
la bolsa del Sacristán.

RINCON. Sepamos qué tiene dentro.

(Coge la bolsa, la abre y cuenta lo que hay en ella.)

Quince escudos de oro en oro,  
tres reales de á dos...

CORT. (Palmoteando y saltando alegremente.)

¡Soberbio!

RINCON. Y algunos maravedises  
en cuartos y ochavos viejos.

CORT. ¡Esta ha sido una partida  
mejor que la del arriero!

RINCON. Tomad.

CORT. No; guardadla vos,  
por si acaso, en vuestro pecho;  
de ese modo, si me cogen,  
verán que yo no la tengo.

RINCON. Aquí vuelve el Sacristán.

CORT. Marchaos.

RINCON. Con él os dejo.

(Rinconete se retira por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII

CORTADILLO y el SACRISTÁN DE LAS MONJAS que viene despacio y mirando atentamente al suelo.

SACRIS. Decid, hidalgo, ¿no habréis visto caída en el suelo una bolsa color de ámbar, la cual tenía por cierto quince escudos de oro en oro, tres reales de plata, nuevos, de á dos, con maravedises en cuartos y ochavos sueltos?

CORT. Os juro que no la vi.

SACRIS. ¡Ay, Virgen de los Remedios, Señora de las Angustias, Reina que estás en los cielos, qué habrá sido de mi bolsa!

CORT. Pero, si mal no recuerdo, vos salíais del mesón no ha mucho.

SACRIS. Sí.

CORT. Quizá ahí dentro os la hayáis dejado.

SACRIS. Voy á preguntar al momento.  
(Entra en el mesón.)

CORT. Busca, que por más que busques y revuelvas tierra y cielo, no han de volver á tus manos

ni la bolsa ni el dinero.

¿Y Rinconete?

(Va al foro izquierda, donde se detiene á observar.)

Allí está

mano á mano departiendo

con una garrida moza

y una vieja.

SACRIS. (Saliendo del mesón.) ¡Yo me muero!

CORT. ¿Qué hay, señor?

SACRIS. Que no parece

mi bolsa.

CORT.

Para mí tengo

que no debe estar perdida,

sino que más bien sospecho

que vos mismo la guardásteis

tan guardada que por eso

ni la encontráis ni atináis

en qué sitio la habéis puesto.

SACRIS. Lo que sé es que me la hurtaron.

CORT. Pues no se apure por ello

su merced, que para todo

hay en el mundo remedio,

á no ser contra la muerte,

y tal vez, andando el tiempo,

el que se llevó la bolsa

se arrepienta y, en un credo,

se la vuelva á su merced

sahumada.

SACRIS.

El sahumero

le perdonaría yo

de buen grado.

CORT.

Sí lo creo.

Yo os juro que no quisiera

encontrarme en el pellejo  
del que os ha hurtado la bolsa.

SACRIS. ¿Y por qué?

CORT. Porque el hacerlo,  
teniendo vuestra merced,  
según lo dice su aspecto,  
alguna orden sacra, fuera  
cometer un sacrilegio.

SACRIS. ¡Y tanto como lo es!  
¡y muy grande! que el dinero  
es de una capellanía  
de un sacerdote y mi deudo.

CORT. Pues ya le cayó que hacer  
al ladrón, y no le arriendo  
la ganancia; porque día  
del juicio hay, y allí sabremos  
quién fué el bribón atrevido  
que tuvo el atrevimiento  
de tomar, menoscabar  
y hurtar sin conciencia el tercio  
de aquesa capellanía  
que es de ese pariente vuestro.  
Y diga vuestra merced  
por su vida, caballero  
sacristán, ¿qué es lo que renta  
sobre poco más ó menos,  
la capellanía al año?

SACRIS. ¡Renta el mismísimo infierno  
que me lleve!

CORT. No se enoje  
su merced.

SACRIS. ¡Pues estoy bueno  
para decir lo que renta!

Ahora mismo voy corriendo  
á hacer que me la pregonen.

CORT. No está mal ese remedio;  
mas recuerde bien las señas  
de la bolsa y el dinero,  
que si yerra en un árdite  
no conseguirá su objeto  
por los siglos de los siglos.

SACRIS: No hay cuidado, que la tengo  
bien presente en la memoria,  
y mucho más la recuerdo  
que el tocar de las campanas.

CORT. Pues la hallará.

SACRIS. En Dios espero.

(Vase el Sacristán, y Cortadillo detrás de él á cierta distancia.)

## ESCENA IX

RINCONETE conversando con la GANANCIOSA, la MADRE PIPOTA detrás de ellos, y, cuando se indique, CORTADILLO.

RINCON. No vi tan esbelto talle,  
como es el vuestro, en Castilla.

GANAN. Pues les veréis en Sevilla,  
mejores en cualquier calle.

RINCON. Ni en Sevilla, ni aunque fuera  
al fin del mundo, hallaría  
cuerpo con más gallardía  
ni cara más hechicera.

GANAN. ¿Sois castellano?

RINCON.

Nací,

por desgracia ó por ventura,  
en aquella áspera y dura  
tierra, donde siempre vi,  
bajo un plumizo horizonte,  
esos inviernos sombríos  
que cuaja el agua en los ríos  
y las nieves en el monte.

M. PIP.

Aquel que os oyese hablar,  
y á sus oídos fe diera  
sin veros, que sois creyera  
un caballero sin par;  
mas los ojos al oído  
desmienten, que el caballero  
es un pobre aventurero,  
aunque no mal parecido.  
Y os voy á dar un consejo:  
si á esta moza cortejáis  
vuestro tiempo no perdáis  
porque ya tiene cortejo.

RINCON.

¡Qué importa!

M. PIP.

¿Queréis perder

tontamente á esta doncella?

RINCON.

Pues si yo la quiero á ella  
y ella me llega á querer,  
muy fácil será cambiar  
de cortejo.

M. PIP.

Mal haría.

RINCON.

¿Por qué?

M. PIP.

Porque eso sería  
cambiar para empeorar.

RINCON.

¿Lo creéis vos?

M. PIP.

Bien lo veo.

RINCON. ¿Y qué veis?

M. PIP. Vuestro talante.

RINCON. ¿Y qué os dice?

M. PIP. Lo bastante  
para huir de un mal deseo.  
¿Pensáis que con un te adoro,  
que vanas palabras son,  
se conquista el corazón  
de una doncella?

RINCON. Tengo oro.

M. PIP. (Acercándose á él muy codiciosa.)  
¿Qué decís?

RINCON. ¿No habéis oído?

M. PIP. ¿Que tenéis oro?

RINCON. Sin duda.

M. PIP. ¿Sois rico?

RINCON. Si Dios me ayuda,  
lo seré.

M. PIP. (Volviéndose desencantada.)

Tiempo perdido  
el gastado con vosotros.

RINCON. El mundo es grande.

M. PIP. Sí, pero  
¿qué haréis en él sin dinero?

RINCON. Echar mano al de los otros.  
(Aparece Cortadillo.)

M. PIP. ¿Seréis de nuestra hermandad?

CORT. Rinconete.

RINCON. (A ellas.) Es un amigo.

(A Cortadillo.) Llegáos aquí conmigo;  
conoceréis la beldad  
más notable de Sevilla.

(A Gananciosa.)

¿Cómo os llamáis?

GANAN. Gananciosa.

CORT. Ciertamente que es hermosa.

RINCON. Es la octava maravilla.

(A la madre Pipota.)

Y sepamos, ¿qué hermandad es esa de que me hablábais?

M. PIP. ¿No dijísteis vos que echábais mano á lo ajeno?

RINCON. Es verdad.

(Están colocados de izquierda á derecha en el siguiente orden, y formando dos grupos: la madre Pipota con Cortadillo, y Rinconete con la Gananciosa.)

M. PIP. Pues ese mismo es el credo que nosotras profesamos; nuestra hacienda la ganamos uña á uña y dedo á dedo. ¿Y también voacedes son de la clase?

RINCON. Es nuestro oficio.

CORT. Pero en nosotros no es vicio.

M. PIP. ¿Qué, entonces?

CORT. Inclinação.

M. PIP. ¿Y no han ido á la Aduana de nuestro amo Monipodio?

(Rinconete habla aparte con la Gananciosa.)

CORT. ¿Quién es?

M. PIP. Nuestro ángel custodio, quien nos gobierna y hermana.

CORT. Pero escuche, ¿paga aquí, en esta tierra, alcabala

el que vive y se regala  
con lo del prójimo?

M. PIP.

Sí.

Y ¡ay! de quien tenga el descaro  
de hurtar sin darle obediencia,  
porque tened la evidencia  
de que ha de costarle caro.

CORT.

Yo creí que era el hurtar  
libre para el que trabaja,  
muy limpio de polvo y paja,  
y sin diezmo que pagar;  
ó, si paga alguna vez,  
que pagaba muy de veras  
con azotes y galeras  
ó apretándole la nuez.

RINCON.

En toda tierra hay su uso,  
Cortadillo, y pues nos vemos  
hoy día en ésta, guardemos  
lo que bien ó mal dispuso;  
y pues al fin ha de ser  
(A la madre Pipota.)  
vayamos ante el señor  
Monipodio, que es favor  
què os espero merecer,  
que ya yo tengo barruntos,  
según lo que oí decir,  
que es hábil en conducir  
la gente en estos asuntos.

(Aparte á la Gananciosa.)

(Y la verdad, Gananciosa,  
lo que más me determina,  
es que á ti el querer me inclina  
con fuerza muy poderosa.)

- (Siguen conversando.)  
CORT. (A la madre Pipota.)  
¿Y vos también al presente  
dais en tomar sin pedir?  
M. PIP. Sí, señor, para servir  
á Dios y á la buena gente.  
CORT. Cosa nueva es en verdad  
que quien hurta como vos,  
haya de servir á Dios  
y á la buena gente.  
M. PIP. Dad  
á las expresiones mías  
su sentido verdadero,  
que yo no trato, ni quiero,  
de meterme en teologías;  
lo que sé es que cada uno  
en su oficio, sin faltar  
á nadie, puede alabar  
á Dios cual juzgue oportuno.  
(Siguen hablando.)  
GANAN. (A Rinconete.)  
¿Que me queréis?  
RINCON. Mucho, sí.  
GANAN. ¿Habláis de veras?  
RINCON. De veras;  
y deseo que me quieras  
como yo te quiero á ti.  
Y de nadie hayas temor,  
ni tengas miedo de nada,  
que al cinto llevo una espada  
y no me falta valor.  
M. PIP. Basta de charla.  
RINCON. (A la Gananciosa.) Dí, pues,

si me quieres.

M. PIP. (Llamándola) Gananciosa.

RINCON. (A Gananciosa.) ¿Será adversa ó venturosa la respuesta que me des?

M. PIP. Vamos, que es tarde, hija mía.

RINCON. Asediándola.)

¡Una palabra.

GANAN. (A la madre Pipota.) Voy ya.

RINCON. (A la Gananciosa.)

¿Qué me dices?

GANAN. (Escapando.) Que será

lo que queréis.

RINCON. ¡Qué alegría!

(A la madre Pipota.)

Y decidme, madre, ¿cuándo nos dispensáis el honor de conocer al señor Monipodio?

M. PIP. No tardando.

Pero aguardad con paciencia un par de horas todavía, pues hasta que es medio día ni está en casa ni da audiencia.

RINCON. ¿Quién nos ha de presentar?

M. PIP. Yo misma.

RINCON. ¿Dónde os veré?

M. PIP. Aquí.

RINCON. Pues aquí estaré con mi amigo.

M. PIP. (Retirándose con la Gananciosa.)

¡Vaya un parl

(Entran las dos en la casa de Monipodio.)

## ESCENA X

### RINCONETE Y CORTADILLO

RINCON. ¡Cortadillo! ¡estoy contento!  
¡soy feliz!... Vengan las manos.  
(Estrechándose las entre las suyas.)  
Desde hoy seremos hermanos.

CORT. ¿Qué sucede?

RINCON. En un momento  
ha cambiado para mí  
el mundo de tal manera,  
que ni él es el mismo que era  
ni yo soy el que antes fuí.

CORT. ¿Quién hizo tal maravilla?

RINCON. ¿Quién fué?... la casualidad.

Es tal mi felicidad  
que, aunque me encuentro en Sevilla,  
mi imaginación se empeña  
en que esto es el Paraíso.  
Mira, la tierra que piso  
me parece más risueña;  
acaricia más el viento  
que toca al pasar mi frente;  
hay más luz en el ambiente,  
brilla más el firmamento;  
ya me complace mirar  
horas y horas correr  
el agua del río, y ver  
á los pájaros volar.  
¡Todo está alegre y hermoso!  
¡todo es bueno! ¡todo santo!

Cuanto miro me da encanto.  
¡Qué feliz soy! ¡qué dichoso!  
Habla, que te oiga decir  
lo que piensas, lo que sientes.

CORT. Pues nó son muy diferentes  
tu sentir y mi sentir.

¡Cómo es posible encontrar  
más perfección y hermosura  
que tienen, en varia hechura,  
la tierra, el cielo y el mar!

RINCON. Pues todavía hay un ser  
que más perfección encierra  
que el mar, el cielo y la tierra.

CORT. ¿Es posible?

RINCON. La mujer.

Sin darme cuenta viví  
hasta hoy de que vivía,  
y cuanto hacía, lo hacía  
sin conciencia, porque sí.  
Pero al ver á Gananciosa,  
sentí como un aleteo  
del corazón, y un deseo,  
una ansiedad, una cosa  
inexplicable y sin nombre  
de entusiasmo y de cariño,  
y sin dejar de ser niño,  
por vez primera he sido hombre;  
y comprendí que tenía  
sentidos, y alma, y pasión  
para amarla, y corazón  
también para hacerla mía.

CORT. ¿Y no sientes como yo  
ansias de volar, de ir

lejos, y luego seguir  
aún más lejos?

RINCON.

No, eso no;  
quiero estar donde ella esté,  
tenerla siempre á mi lado,  
amar mucho y ser amado;  
pero ir lejos, ¿para qué?  
Si hoy vuela tu pensamiento,  
es porque á ti todavía  
nada te atrae. Algún día  
sentirás lo que yo siento,  
y en vez de lo que ahora dices,  
mil veces has de decir:

—¡Quiero con ella vivir  
y á su lado echar raíces!

(Breve pausa y transición )

Vamos por Sevilla á andar  
hasta que la vuelva á ver.

CORT.

Sí, vamos; quiero correr,  
ya que no puedo volar.

(Gogidos del brazo echan á correr y desaparecen  
por la Puerta de la ciudad al mismo tiempo que  
cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

---

Patio ladrillado, muy limpio y aljofifado, en casa de Monipodio. Dos puertas en el foro que conducen, la de la izquierda á la calle, y la de la derecha á la azotea; dos puertas más, laterales. En el primer término izquierda, una estampa de la Virgen pegada al muro; debajo de ella, una esportilla de palma para limosna y una aljofaina encajada en la pared para el agua bendita; entre las puertas del foro dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho colgados de cuatro clavos; hacia el primer término de la derecha, un cántaro desbocado con un jarrillo encima no menos falto; dos ó tres esteras de anea tendidas por el suelo; uno ó dos bancos de madera, un arca sin tapa y algunos tiestos ó macetas de albahaca.

## ESCENA I

### LA GANANCIOSA Y LA MADRE PIPOTA

Aparecen, después de levantar el telón, por la puerta izquierda del foro; la MADRE PIPOTA se dirige á la estampa de la Virgen, toma agua bendita y se arrodilla santiguándose; permanece así unos instantes como rezando, luego besa tres veces el suelo, se levanta y va á reunirse con la GANANCIOSA.

M. PIP. Ya acabé mis devociones;  
vamos ahora á hablar un rato.

(Se sientan )

GANAN. Decid, pues, que ya os escucho.

M. PIP. Eres moza y tienes garbo,  
gracia, hermosura, y quizá  
lo que es mejor, pocos años.  
Pero así como te digo  
lo bueno, diré lo malo,  
y es, Gananciosa, que tienes  
á la ginetá los cascós,  
y en viendo á un hombre tus ojos,  
más que ojos parecen garfios  
que se agarran á su capa,  
y aunque no mueves los labios  
bien se ve que sin hablar  
le estás á voces llamando,  
y le comes á miradas,  
y vas acortando el paso,  
y volviendo la cabeza  
sin cesar, como ha pasado  
esta mañana en el río  
con ese gentil muchacho.

GANAN. Madre Pipota, no es cierto  
lo que decís.

M. PIP. ¿A negarlo  
te atreverás?

GANAN. Sí me atrevo;  
porque si bien es exacto  
que hoy pasó lo que habéis dicho,  
no es verdad que haga otro tanto  
todos los días con todos  
los hombres que encuentro al paso.  
Ese de hoy me ha seducido  
por sus buenas prendas.

M. PIP. Vamos,

al fin confiesas tu culpa.

GANAN. ¡Qué culpa ni qué ocho cuartos!  
¿es malo querer á un hombre?

M. PIP. No digo yo que sea malo  
querer á uno y á ciento,  
si algún provecho sacamos  
de todos; pero pensar,  
como tú, en un pobre diablo,  
que no tiene más que el día  
y la noche, es un escándalo.

GANAN. Pues ese es el que yo quiero,  
y ese ha de ser.

M. PIP. ¿Pero acaso  
es el primero que tienes?

GANAN. Es el primero á quien amo.

M. PIP. ¿Y los otros?

GANAN. Sólo han sido  
ganas de pasar el rato.

M. PIP. Pero dime, ¿y Maniferro?  
sin duda te has olvidado  
de Maniferro.

GANAN. ¿Y qué tiene  
que ver? ¿estamos casados  
por ventura? Yo soy libre  
de hacer de mi capa un sayo.

M. PIP. Eso según y conforme;  
porque Maniferro es bravo  
y no consiente rivales.

GANAN. Pues que se ande con cuidado  
y no se vaya á encontrar  
con la horma de su zapato.

M. PIP. ¡Ay, Gananciosa! tú andas  
metida en muy malos pasos

y vas á tener mal fin.

GANAN. ¡Cállese ya, por los clavos  
de Cristo, madre Pipota,  
que bastante ha predicado  
y he de ser de quien yo quiera,  
aunque me lleven los diablos!

M. PIP. (Levantándose.)  
Pues con tu pan te lo comas.  
Y ahora, si quieres, subamos  
al cuarto de arriba, á ver  
si ha traído el Renegado  
una canasta de ropa  
que él y Centopiés hurtaron  
ayer tarde en la colada.

GANAN. Bueno, iremos.

M. PIP. (Dirigiéndose á la puerta derecha del foro.)

Dame el brazo  
para subir allá arriba.  
que me da de vez en cuando  
un vaguido de cabeza,  
y el día menos pensado  
me caigo redonda al suelo  
y ya nunca me levanto.

## ESCENA II

CHIQUIZNAQUE y después MANIFERRO

Ambos por la puerta izquierda del foro.

CHIU. Vengo todo dolorido,  
derregado y sin aliento;  
no cuarenta, han sido ciento

los palos que ha recibido.  
No me cansaba de dar;  
¡qué modo de sacudir!  
¡qué morderse y maldecir!  
¡qué revolcarse y gritar!  
Si de ésta no se suaviza,  
es porque genio y figura  
van hasta la sepultura;  
¡cuerpo de Dios, qué paliza!  
Habiendo seguridad,  
uno puede impunemente  
dar palos y ser valiente  
con mucha comodidad.

(Entra Maniferro.)

Maniferro.

MANIF. ¿Quién me nombra?

CHIQU. ¿Acuchillaste?

MANIF. Busqué  
á ese mozo, y no le hallé;  
huye de mí, y no me asombra  
que le acobarde mi nombre,  
porque tal es Maniferro,  
que lo mismo pasa á un perro  
de parte á parte, que á un hombre.  
¿Y tú?

CHIQU. Pues, gracias á Dios,  
llevé la paliza á cabo.

MANIF. Chiquiznaque, eres un bravo.

CHIQU. Somos muy bravos los dos.

ESCENA III

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA y la MADRE PIPOTA que se retira á poco de empezar la escena, y, cuando se indique, MONIPODIO.

M. PIP. Espera aquí, Gananciosa, que voy un instante fuera á enterarme si han venido ese par de buenas piezas.  
(Reparando en él.)  
¡Calle! aquí está Maniferro.

(A Gananciosa, aparte.)

(Hija mía, ten prudencia.)

(La madre Pipota y la Gananciosa han ido desde la puertā derecha del foro á la de la izquierda, por donde desaparece la primera.)

MANIF. (Aparte, mirando de reojo á la Gananciosa.)  
(Ahora viene á mí y me abraza; ¡lo mismo que si lo viera!)

(La Gananciosa baja del foro, halla al paso á Chiquiznaque, y va á sentarse al primer término derecha; al lado opuesto está Maniferro.)

CHIQU. Buenas tardes, Gananciosa.

GANAN. Buenas tardes.

MANIF. (Aparte, observándola.) (¡Y se sienta sin decirme una palabra!)

CHIQU. (A la Gananciosa.)

¡Qué! ¿te has quedado sin lengua?

GANAN. No tengo ganas de hablar.

CHIQU. Es que me da mucha pena verte así.

MANIF. (Aparte.) ¡No me hace caso!

CHIQU. Me gusta que estés contenta.  
Ahí tienes á Maniferro.

MANIF. (Dirigiéndose á ellos.)  
¿Quién me ha llamado?

GANAN. (Aparte.) (¡Qué pelma!)

MANIF. ¿Me llamas tú, Gananciosa?

GANAN. (Levantándose al verle llegar.)  
Ni pensarlo.

MANIF. (Adelantándose con impertinencia.)  
Pues debieras  
haberte fijado en mí.

GANAN. (Dándole un empujón.)

¡Apártate que me apestas!

MANIF. (Desnudando un buen trecho la espada.)  
¡Ira de Dios!...

GANAN. No te acerques  
más á mi lado.

MANIF. (Envainando la espada.) ¡Si fueras  
un hombre!...

GANAN. (Con sorna.) ¡Jesús, qué miedo!

CHIQU. Tengamos en paz la fiesta.  
(Entra Monipodio.)

MONIP. Deo gratias.

CHIQU. Bien venido.

MONIP. Va á dar principio la audiencia.  
¿Y esos palos, Chiquiznaque?

CHIQU. Todos se dieron.

MONIP. ¿De veras?

CHIQU. Y algunos más.

MONIP. Maniferro,

¿y el mozo?

MANIF. No se le encuentra.

MONIP. Es preciso dar con él.  
MANIF. Pues esta noche requiescat.  
MONIP. Maniferro, Chiquiznaque,  
ambos, por vuestras proezas,  
sois las dos columnas de Hércules  
de nuestra noble academia.  
Hablad sin temor alguno,  
pues para que nadie pueda  
interrumpir nuestras pláticas,  
he puesto de centinela  
en la calle á Tagarete,  
quien dará la voz de alerta  
si amenaza algún peligro  
á nuestras vidas y haciendas.

#### ESCENA IV

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, la MADRE PIPOTA, RINCONETE y CORTADILLO. MANIFERRO pasea lentamente de arriba, á abajo por la izquierda; CHIQUIZNAQUE hace lo mismo en el foro; la MADRE PIPOTA se adelanta con RINCONETE y CORTADILLO al centro de la escena, donde está MONIPODIO, y la GANANCIOSA queda á la derecha.

M. PIP. Señor Monipodio, ved  
dos mozos...

CHIQU. (Aparte, reconociéndolos.) ¡Los del arriero!

M. PIP. Que desean, lo primero,  
conocer á su merced;  
y luego con detención  
los desamine, y verá  
como ambos son dignos ya

de nuestra congregación.

MONIP. Sí haré; que nuestra milicia  
conviene que acrecentemos,  
ya que en ella padecemos  
persecución por justicia.  
Pero habéis de permitir  
antes que cierre la puerta,  
no haga el diablo, si está abierta,  
que alguien venga á interrumpir.

(Cierra con llave la puerta izquierda del foro y  
vuelve al proscenio)

CORT. ¿Cuál es vuestra profesión?  
Señor, pues aquí venimos,  
bien claramente decimos  
nuestro oficio y condición.

MONIP. ¿De qué pueblo sois?

RINCON. Nombrar  
su pueblo al que hurta no oí;  
yo soy de donde nací.

CORT. Y yo del mismo lugar.

MONIP. ¿Vuestros padres?

RINCON. Creo ocioso  
también decir quiénes son,  
porque no es vuestra intención  
darnos un hábito honroso.

MONIP. Pensáis y habláis ya como hombres;  
que es cosa muy acertada,  
pues no habéis de honrarles nada,  
callar y encubrir los nombres  
de los que os dieron el ser  
y el lugar del nacimiento;  
así, si sopla mal viento,  
y te llegan á prender,

no dirán, al condenarte,  
ni verdugo ni escribano:  
—Fulano, hijo de Fulano  
y vecino de tal parte,  
ha sido ahorcado este día;  
lo que siempre es un disgusto,  
y á los padres, como es justo,  
también les ofendería.  
Es más breve y más sencillo  
que ahora mismo me digáis  
cómo los dos os llamáis.

RINCON. Rinconete.

CORT. Y Cortadillo.

MONIP. Pues si queréis ser hermanos  
de esta piadosa hermandad,  
ante todo confesad  
que seréis buenos cristianos.

CORT. Cristianos somos de sobra  
mi amigo y yo.

MONIP. Está muy bien;  
mas lo habéis de ser también  
como de palabra de obra.

RINCON. Decidnos cómo eso sea.

MONIP. Lo seréis contribuyendo  
los dos con el estipendio  
de aquello que se garbea.

RINCON. ¿Y esos estipendios?

MONIP. Juntos,  
son para misa y trisagio,  
que por vía de naufragio,  
sirven á nuestros difuntos;  
padres, amigos, parientes,  
y cuantos en vida fueron

de nuestro oficio, y murieron  
mártires é impenitentes;  
por todos nuestra hermandad,  
sin gastar lo innecesario,  
cada año hace su adversario  
con gran pompa y soledad.

CORT. Merecéis una y mil palmas,  
pues con tal solicitud  
atendéis á la salud  
y salvación de las almas.

MONIP. Además, otra gran parte  
se da á nuestros bienhechores,  
que son: los procuradores  
que nos defienden con arte;  
el soplón que nos avisa;  
el alguacil que á la vuelta  
de un esquinazo nos suelta  
diciendo: «Escapad de prisa»;  
el escribanó que, llena  
la bolsa, no nos inculpa,  
ni hay delito que sea culpa  
ni culpa con mucha pena;  
y el verdugo, es de rigor,  
pues nos azota sin dar,  
y si nos tiene que ahorcar  
nos ahorca sin dolor.

RINCON. Todo eso es muy oportuno,  
muy digno y santo, y se aviene  
con el ingenio que tiene  
su merced como ninguno,  
y me explico que contenta  
viva y muera esta hermandad  
con tanta fraternidad

y ese naufragio ó tormenta  
que hacéis á difuntos ciertos  
con tan piadosos motivos,  
mientras compráis á los vivos  
para que se hagan los muertos;  
y hecho con gran soledad  
y popa, como apuntó  
vuestra merced, ya que no  
con pompa y solemnidad.  
Mas denos la investidura  
de orden tan alta á mi amigo  
y á mí, que en verdad os digo  
que ya tarda tal ventura.

MONIP. Así mi fe os lo promete  
ó no habrá de mí pedazo.  
Os envisto en un abrazo (Abrazándoles.)  
Cortadillo... y Rinconete.  
Ahora decidme de veras  
en qué estáis más adiestrados.

RINCON. Yo en los naipes y en los dados.

CORT. Yo en bolsas y faltriqueras.

MONIP. ¿Y en cosas más complicadas  
no entendéis?

RINCON. No.

MONIP. Pues todo eso  
son ya flores de cantueso,  
por lo muy viejas y usadas,  
y las sabe un principiante  
sin yerro de pe á pa;  
pero todo se andará,  
y muy pronto, Dios mediante  
(si cual supongo sois diestros),  
con unas liciones mías

saldréis en muy pocos días  
oficiales y aun maestros.

CORT. No nos falta voluntad.

MONIP. Pues si voluntad tenéis,  
entonces no os apuréis  
por falta de habilidad,  
que á buen puerto habéis llegado  
habiendo venido á mí,  
que otrós más torpes aquí  
de doctores se han graduado.  
Mas juradme que si un día  
cualquiera os veis en el potro  
sufriendo ansias, ni uno ni otro  
diréis esta boca es mía.

CORT. Estad persuadido de ello.

RINCON. No hacerlo así fuera mengua,  
que lo que dice la lengua  
lo paga después el cuello;  
y harta merced hizo Dios  
al hombre, que á su medida  
puso en su lengua su vida  
para que opte entre las dos,  
y el que muere porque allí  
dice lo que no conviene,  
bien muerto está, que no tiene  
más letras un no que un sí.

MONIP. Con sólo eso me persuades,  
fuerzas, convences y obligas,  
aunque otra razón no digas,  
para que os nombre cofrades  
mayores y os sobrelleve  
el año de noviciado.

RINCON. Mucho nos habéis honrado

en un espacio tan breve.

(Suenan fuertes golpes en la puerta izquierda del foro; Chiquiznaque y Maniferro retroceden asustados, y Rinconete se reúne con la Gananciosa.)

MANIF. ¡Gran Dios!

(Monipodio se dirige al foro y Chiquiznaque le detiene.)

CHIQU. ¡No, no abráis!

MONIP. (Rechazándole.) Aparta.

(Descuelga uno de los broqueles, saca la espada, se coloca enfrente de la puerta, y exclama con voz hueca y espantosa.)

¿Quién llama? ¿quién sois? Decid.

CARIH. (Dentro.) Señor Monipodio, abrid.

MONIP. ¿A quién?

CARIH. (Dentro.) A la Cariharta.

## ESCENA V

CHQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, la MADRE PIPOTA, RINCONETE, CORTADILLO y la CARIHARTA. MONIPODIO abre la puerta y entra la CARIHARTA sollozando, desgreñada, con los vestidos ajados, sucios y medio sueltos: MONIPODIO vuelve á colocar el broquel en su sitio y envaina la espada; MANIFERRO sigue paseando; CHQUIZNAQUE anda huído y ocultándose de todos, y RINCONETE al lado de la GANANCIOSA.

CARIH. (Con voz ahogada por los sollozos)

¡Señor Monipodio!... ¡ay!

¡qué desgracia!... ¡qué desgracia!

(Desde la puerta ha bajado la Cariharta al proscenio, y al llegar cerca de donde están la madre Pipota y la Gananciosa, cae desmayada y acuden

éstas á socorrerla; en tanto, Monipodio se va acercando al grupo.)

MONIP. ¿Qué te ha pasado, hija mía?

M. PIP. Se ha desmayado.

MONIP. Echadla agua.

(La Gananciosa coge el jarrillo y hace lo indicado.)

M. PIP. ¡Válgame el Señor del cielo!  
¡trae todo el cuerpo y la cara  
aún más negros que la pez!  
¡Pobrecica de mi alma!

CORT. (Que ha estado curioseando.)  
¡Si tiene más cardenales  
que en los Concilios el Papa!

GANAN. Ya parece que respira.

M. PIP. Ya vuelve en sí.

MONIP. (Llamándola.) Cariharta.

CARIH. (Llorando.) ¡La justicia de Dios venga  
sobre aquel desuellacaras,  
al que he librado más veces  
de la horca que en las barbas  
tiene pelos el infame!

MONIP. Sosiégate, hija, y ten calma;  
porque más has de tardar  
tú en boquear qué te pasa  
que yo en vengar tus agravios,  
si deseas ser vengada.

CARIH. ¿Quién tē ofendió en tu persona?  
¡Quién si no aquel vil canalla,  
que es león con las ovejas  
y con los hombres se amansa  
como si fuera un cordero!

MONIP. ¿Chiquiznaque?

CARIH. En cuerpo y alma.

(Chiquiznaque, al oirse nombrar, se oculta en una de las puertas laterales, por donde asoma la cabeza de vez en cuando; Rinconete y la Gananciosa forman grupo en el extremo derecha, y Maniferro, que continúa sus paseos, les observa.)

Por estas cruces que beso,  
ahora hago voto de casta  
y no comer á manteles  
más pan con él.

M. PIP.

¡Cariharta,

mira que has de arrepentirte!

MONIP.

Pero cuéntanos la causa  
que motivó tal desastre.

CARIH.

Ello fué que esta mañana  
le encontré preocupado,  
soló y hablando en voz alta;  
le pregunté qué tenía  
y contestó que así estaba  
por una mujer; oírle  
tal cosa y cegar de rabia  
todo fué uno. Echó á andar,  
le seguí; con amenazas  
me dijo que le dejase;  
yo que no, y anda que anda,  
llegamos los dos á un tiempo  
al campo aquel que se halla  
tras de la huerta del Rey,  
donde jamás se ve un alma,  
y allí, entre unos olivares,  
me pegó con furia tanta,  
que me dejó como muerta.  
Ya sabéis lo que me pasa;  
ahora, señor Monipodio,  
justicia es lo que hace falta.

- PIP. Calla, mujer, y no pienses en justicias ni en venganzas, que á muchas conozco yo que dieran de buena gana por hallarse en tu lugar la mejor de sus alhajas; pues, como todos sabemos, lo que se castiga se ama. Y si no, di la verdad por tu vida, ¿á que acabada la zurra, fué Chiquiznaque más humilde que una malva y te hizo alguna caricia?
- ARIH. ¿Una decís?... fueron tantas las que me hizo, que pasaron de ciento mil, mal contadas, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas.
- PIP. Y le habrán dolido á él más, los palos que te daba, que á ti misma.
- ARIH. No diría yo tanto.
- ONIP. Pues, Cariharta, te juro que á ese bribón no han de quedarle más ganas de maltratarte de nuevo.
- ARIH. Por favor, tenga más calma y no ofenda á aquel maldito; que con ser él de tan mala condición, le quiero más que á mí misma, y hanme el alma vuelto al cuerpo las razones

- que con tan buenas palabra  
dijo la madre Pipota.
- MONIP. (Buscando á Chiquiznaque.)  
Pero ese hombre, ¿por dónde anda?
- CARIH. ¡Señor mío Jesucristo!  
¿Pero él está aquí?
- MONIP. Aquí estaba.
- CARIH. Escondedme, que no quiero  
ver á ese tigre de Ocaña.
- MONIP. Nada temas. (Llamando.) Chiquiznaque
- CHIQU. (Avanzando poco á poco y con mucha socarr  
nería.)  
Señor Monipodio...
- CARIH. (Ocultándose detrás de Monipodio.) Aparta,  
espantador de palomas  
inocentes.
- CHIQU. Cesa, y no haya  
más pena, enojada mía;  
por tu vida, que me es grata,  
te ruego que te sosiegues,  
así te veas casada.
- CARIH. ¡Eso es lo que tú quisieras!  
mas primero me casara  
con cualquiera notomía  
que contigo.
- CHIQU. Se cristiana  
y humíllate.
- CARIH. ¿Yo humiliarme?...  
anda y vete enhoramala.
- CHIQU. Mira que las recaídas  
son mortales.
- MONIP. (Interviniendo.) Hijos, basta;  
no volvamos á empezar.

Cederá la Cariharta  
en lo que deba ceder;  
pero no por amenazas  
sino por mi amor; las riñas  
de los amantes son causa  
de mayor gusto y contento.  
Y tú, Chiquiznaque, baja  
la cerviz, y de rodillas  
pide el perdón de tus faltas.

CARIH. Como eso que su merced  
dice, Chiquiznaque lo haga,  
yo prometo por mi parte  
hacer lo que más le plazca.

CHIQU. Si ha de ser por rendimiento;  
no digo hincarme á tus plantas,  
sino también con un clavo  
la frente me atravesara  
por servirte y complacerte.

CARIH. Calla, Chiquiznaque, calla,  
que no he menester más pruebas  
de tu afecto, y con el alma  
te perdono. (Se abrazan.)

MONIP. (Bendiciéndolos.) Y yo os bendigo.  
Madre Pipota, ahora vaya  
y dígales al Ganchuelo  
y á Silbatillo que traigan  
al momento y con cuidado,  
entre los dos, la canasta  
de la merienda y el vino.  
No tardéis.

M. PIP. Voy en volandas.

ESCENA VI

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, RINCONETE, CORTADILLO y la CARIHARTA. CHIQUIZNAQUE y CORTADILLO con la CARIHARTA á la izquierda; MONIPODIO y RINCONETE en el centro; RINCONETE y la GANANCIOSA á la derecha; y MANIFERRO en el fondo observando á estos últimos.

RINCON. (Indicando á Maniferro:)

Gananciosa, ¿y es aquel  
quien te corteja?

GANAN. Aquel mismo.

RINCON. Pues si tiene el corazón  
como la estampa, imagino  
que ha de ser hombre temible.

GANAN. No lo creas.

RINCON. No lo digo  
por temor, que á nadie temo  
teniendo yo tu cariño.  
Además, á mí me place  
dar con hombres decididos  
y hechos á romper por todo;  
pues de esta suerte salimos  
pronto de dudas. (Siguen hablando.)

MONIP. (A Cortadillo.) Ya sabes:  
esta tarde, Cortadillo,  
te acompañará el Ganchoso  
para enseñarte el distrito  
donde has de hurtar; el cual es  
el que se halla comprendido  
desde la Torre del Oro  
hasta llegar al Postigo  
del Alcázar, y no importa



CHIQU. Me alegraría muchísimo;  
que yo esta mañana quise  
matarle... y él no ha querido.

MANIF. Ahora voy á provocarle;  
ven tú también.

CHIQU. Ya te sigo.

(Maniferro, seguido á cierta distancia por Chiquiznaque, se dirige, dando la vuelta á la escena, donde está Rinconete.)

RINCON. (A la Gananciosa.) Lo mejor será dejar  
esta vida y estos sitios.

GANAN. ¿Y á dónde ir?

RINCON. Ya veremos..

MANIF. (A Rinconete.)

Hidalgo, ese puesto es mío;  
me pertenece.

RINCON. Mentís.

MANIF. ¿Que yo miento?

(Maniferro y Chiquiznaque sacan las espadas, Rinconete hace lo mismo.)

RINCON. Lo repito.

GANAN. (Llamando.)

Señor Monipodio.

RINCON. Calla,

que no he menester auxilio  
de nadie; me basto solo.

(Cortadillo corre al lado de Rinconete; Monipodio y la Cariharta se interponen entre unos y otros.)

MONIP. ¿Por qué reñís?

MANIF. Me ha ofendido  
y he de vengarme.

RINCON. Pues vamos  
fuera de aquí, y, sin testigos,

hasta morir, os prometo  
mantener lo que os he dicho.

MONIP. ¡Bah! no será para tanto.  
¿Qué ha pasado?

MANIF. Ha requerido  
de amor á la Gananciosa.

MONIP. ¿Es cierto?

RINCON. Cierto.

MONIP. Pues, hijo,  
tiene razón Maniferro;  
sin querer le has ofendido.

RINCON. No le ofendí sin querer,  
y si hay ofensa y delito  
en requerirla de amorés,  
ello ha de ser, os lo aviso.

MONIP. Gananciosa; ¿y tú qué dices?

GANAN. Señor Monipodio, digo  
que yo estoy por Rinconete,  
que le he tomado cariño,  
que lo pasado pasado  
y vida nueva.

MONIP. (A Maniferro.) Pues, hijo,  
ya no hay ofensa que valga;  
que ella tiene su albedrío,  
y hoy puede querer á uno  
y mañana á otro distinto  
(y así sucesivamente),  
sin que ofenda lo más mínimo  
eso el decoro de nadie.

MANIF. No sè juega así conmigo,  
y en manos está el pandero  
de quien sabe hacer su oficio.

RINCON. También tenemos acá

pandero, y si ello es preciso,  
sonarán los cascabeles,  
seor Maniferro, y ya he dicho  
que mentísteis al decir  
que era vuestro lo que es mío.

MONIP. Cesen palabras mayores:  
Nunca han de dar los amigos  
á los amigos enojo,  
ni han de ofender sin motivo  
los amigos cuando ven  
que se enojan los amigos.

CHIQU. Señor Monipodio, aquí  
ya no hay amigo ofendido,  
ni que quiera dar enojo  
ni reñir con otro amigo;  
y puesto que amigos somos,  
como su merced ha dicho,  
que los amigos se den  
las manos con los amigos.

RINCON. No guardo rencor á nadie;  
pero deseo advertiros  
que, así como soy de veras  
amigo de mis amigos,  
á quien me ofenda también  
sé darle su merecido.

MONIP. Pues todos habéis hablado  
cual cumple á buenos amigos,  
y amigos sois unos y otros,  
olvidad lo sucedido  
y los amigos se den  
todos las manos de amigos.

(Se estrechan las manos unos y otros hasta haberlo  
hecho todos.)

- CHIQU. (Aparte á Maniferro.)  
(Maniferro.)
- MANIF. (Aparte á Chiquiznaque.) Chiquiznaque.
- CHIQU. ¿Sabes tú que te has lucido?
- MANIF. No ha de quedar esto así.
- CHIQU. Ten cuidado, que el novicio  
es valiente, y frente á frente,  
te has de ver comprometido.
- MANIF. Le mataré por la espalda.
- CORT. (Aparte á Rinconete.)  
(Rinconete.)
- RINCON. (Aparte á Cortadillo.) Cortadillo.
- CORT. No te fíes de ese hombre.
- RINCON. Descuida, que no me fio.)
- CARIH. (A Monipodio.) ¿Qué tenemos de merienda?
- MONIP. Tenemos bacallao frito,  
camarones y cangrejos  
en su propio llamativo  
de alcaparrones, ahogados  
en pimientos de los finos;  
naranjas, limones, medio  
queso de Flandes, corrido,  
y una olla de sabrosas  
aceitunas con aliño,  
con tres hogazas blanquísimas  
de Gandul y mucho vino.

ESCENA VII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO y SILBATILLO que traen la merienda, y cuando se indique, TAGARETE.

MONIP. Ya Silbatillo y Ganchuelo están aquí. A merendar, y el que se quiera sentar puede sentarse en el suelo.

(Colocan la canasta en el centro del proscenio, y se sientan todos alrededor de ella )

¡Ea! ya estamos. Haced por pasar la vida á tragos.

(Pausa. Principian á comer, y á poco llega ooriendo Tagarete.)

TAGAR. El alguacil de los vagos pregunta por su merced.

(Alarma y dispersión general.)

MONIP. ¡Eh! ninguno se alborote, que en nuestro daño no viene; pues por amigos nos tiene y hurtamos con él á escote. Conque volverse á sentar y no haya ningún temor.

(Vuelven á ocupar sus puestos, que son: al centro, Monipodio; á un lado, Rinconete, la Gananciosa y Cortadillo; á otro, Cariharta, Chiquiznaque y la madre Pipota; Maniferro en pie detrás de estos últimos, y Ganchuelo y Silbatillo detrás de Monipodio, quien los da de comer.)

(A Tagarete.)

¿Trae patrulla?

TAGAR. No, señor.  
MONIP. Pues yo solo le iré á hablar.

### ESCENA VIII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA,<sup>9</sup> RINCONETE,  
CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO,  
SILBATILLO y TAGARETE.

CORT. ¿Los alguaciles también  
son del hurto?

M. PIP. Sí; les damos  
nosotros de lo que hurtamos  
para que nos traten bien,  
y pongan en ocasiones  
de hacer negocios á miles;  
gracias á los alguaciles  
viven en paz los ladrones.

CORT. ¡Qué costumbre tan extraña!

M. PIP. Pues es cosa antigua ya,  
que así se hurta y se hurtará  
por los siglos en España.

RINCON. (A Cortadillo.) ¿Pues no has oído decir  
que, aunque de diversos modos,  
hurtan en el mundo todos?  
¿que sin hurtar no hay vivir?  
Hurta con el consonante  
el poeta; la doncella  
con los ojos, y, honra á ella  
con el amor, el amante;  
el privado con el rey;  
con las uñas los gitanos;

el valiente con las manos;  
el letrado con la ley;  
el tramposo con enredos;  
el jugador con la suerte;  
el médico con la muerte,  
y el músico con los dedos;  
pero se lleva la palma  
el alguacil entre todos,  
porque hurta de todos modos,  
con el cuerpo y con el alma.

### ESCENA IX

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE,  
CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO,  
SILBATILLO, TAGARETE y MONIPODIO, que entra con mal ges-  
to y peor humor.

MONIP. ¿A quién le cupo hoy la plaza  
de San Salvador?

TAGAR. A mí.

MONIP. ¿Y una bolsilla que allí  
se ha hurtado, y que por la traza  
fué de ámbar tiempos atrás,  
y que encerraba cerciuro  
quince escudos de oro en oro  
y no recuerdo qué más?

TAGAR. Yo esa bolsilla no vi.

MONIP. (Cada vez con peores modos y gritando más.)  
No hay aquí ver ó no ver;  
la bolsa ha de parecer  
ó te has de acordar de mí.

TAGAR. Señor Monipodio...

MONIP. (Destempladamente.) Digo  
que la bolsa.

TAGAR. Pues ya os dije...

MONIP. El alguacil me la exige,  
y el alguacil es mi amigo;  
con que suéltala.

TAGAR. Aseguro  
que yo no he visto jamás  
esa bolsa.

MONIP. (Enarbolando los puños.) Acabarás,  
con mil diablos.

TAGAR. Os lo juro.

MONIP. (Terriblemente furioso.)  
Que nadie burle y quebrante  
nuestras leyes, ó la vida  
puede darla por perdida,  
aunque sea el dios Tronante.

TAGAR. (Lloriqueando.) Yo no cogí ese bolsillo.

MONIP. (Cayendo sobre Tagarete.)  
Tú fuiste.

RINCON Le tengo yo;  
que esta mañana le hurtó  
á un sacristán Cortadillo.  
Y su merced no se exalte  
por tan poco, y ahí está  
la bolsa (Dándosela.), como verá,  
sin que un ochavo la falte.

MONIP. Vuestro proceder honrado  
el alma me ha conmovido.

CORT. ¡En mi vida había oído  
que se devuelva lo hurtado!

MONIP. Y es ejemplo pernicioso,  
que no debéis imitar

ninguno, á no ser que el dar  
lo hurtado sea provechoso  
como aquí; pues más contento  
da á esta noble cofradía  
el alguacil en un día  
que nosotrós á él en ciento.  
Toma, Tagarete, da  
al alguacil el bolsillo;  
yo un abrazo á Cortadillo,  
y vamos á comer ya.

## ESCENA X

CHIQUIZNAQUE, MANÍFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE,  
CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO,  
SILBATILLO y MONIPODIO.

CORT. (A Monipodio.)  
Pero escuchad; tengo empeño  
en que digáis qué va á ser  
de la bolsa.

MONIP. Pues volver  
á las manos de su dueño.  
Tú la hurtaste, y, el hurtado  
reclamó al corregidor,  
quien por hacerle favor,  
al alguacil le ha encargado  
que pareciese el bolsillo;  
el alguacil viene á mí,  
y entonces yo acudo á ti  
que le hurtaste, Cortadillo;  
tú, que eres hombre de honor,  
me das la bolsa, la entrego

yo al alguacil, y éste luego  
la lleva al corregidor,  
que la remite sin más  
al que se la ha reclamado;  
y así parece lo hurtado,  
pero los que hurtan, jamás.

### ESCENA XI

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE,  
CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO,  
SILBATILLO, MONIPODIO y TAGARETE.

TAGAR. (Desde la puerta.)  
Señor Monipodio.

MONIP. ¿Qué?

TAGAR. Una dama.

MONIP. ¿Acabaremos?

M. PIP. Para mí que hoy no comemos.

MONIP. Pronto la despacharé.

### ESCENA XII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE,  
CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO  
y SILBATILLO.

CARIH. Bueno, mientras le esperamos,  
Chiquiznaque, trae la bota  
y que la madre Pipota  
eche un sorbo.

(Chiquiznaque da la bota á la vieja.)



- MONIP. ¿Que sumaban, salvo error,  
cuarenta?
- CHIQU. Es verdad, cuarenta.
- MONIP. ¿Y no has dicho hace un momento  
que era asunto concluído?
- CHIQU. Y que los palos han sido  
más de cuarenta y de ciento.
- MONIP. Pues ahora vengo de hablar  
con la dama del encargo,  
y ella jura, sin embargo,  
que no los llegaste á dar.  
¿Quién miente? ¿la dama?
- CHIQU. No,
- MONIP. ¿Mientes tú?
- CHIQU. No, ciertamente.
- MONIP. ¿Entonces soy yo el que miente?
- CHIQU. Ni vos, ni ella, ni yo.
- MONIP. ¿Con bromas á mí?
- CHIQU. Hablo en serio.
- MONIP. Vas á tener que sentir,  
Chiquiznaque.
- CHIQU. Vais á oír  
la explicación del misterio.  
No bien me dísteis la carta,  
cuando dispuesto á pagar  
tal deuda, vino á estorbar  
mi intención la Cariharta.
- CARIH. ¡Ah! ¿era esa la mujer?...
- CHIQU. Sí;  
la mujer de su marido,  
marido al que no he podido  
dar esos palos por ti;  
pero como hice intención

de darlos de todos modos,  
te los llevaste tú todos,  
y algunos más, de un tirón.  
Señor Monipodio, ved  
como la dama decía  
verdad, y yo no mentía,  
ni mentía su merced.  
Pero pronto quedará  
esa dama satisfecha,  
porque, á Dios gracias, tengo hecha  
la mano á esos trotes ya.

MONIP. Pues esta noche ha de ser,  
porque así lo he prometido.

CHIQU. (Entre dientes.)  
Si su merced lo ha ofrecido...  
se hará. (Aparte.) (¡Maldita mujer!)

MONIP. Ten cuidado y no lo aplaces  
nuevamente.

CHIQU. Cuando yo  
digo á su merced que no,  
es que no.

MONIP. Mira lo que haces,  
que no me gustan los malos  
pagadores, y abre el ojo,  
porque si en otra te cojo  
soy yo quien te da esos palos.

CARIH. Yo le ruego que se aplaque  
su merced, que á ese marido  
le dará su merecido  
esta noche Chiquiznaque,  
y nadie le toque á un pelo,  
pues faltó por culpa mía,  
que en lo de la valentía

es un Judas Macarelo,  
como pronto se ha de ver.

MONIP. Ya sabemos que es valiente.

CARIH. Y el que no lo diga, miente.

MONIP. Voy á acabar de comer.

#### ESCENA XIV

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE,  
CORTADILLO; la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO,  
SILBATILLO, MONIPODIO y TAGARETE, que se retira en  
seguida.

TAGAR. (Desde la puerta.)

Señor Monipodio...

MONIP. ¡Al diablo!  
que ya se acabó la audiencia.

TAGAR. De parte del Repolido...

MONIP. Dile á él y á todo el que venga  
que no estoy en casa.

TAGAR. Bueno. (Vase.)

MONIP. Y voy á cerrar la puerta  
con llave, porque si no  
nos van á aguar aún la fiesta. (Cierra.)  
¿Habéis comido vosotros?

CARIH. Sí, señor.

MONIP. Sea enhorabuena;  
pues yo tomaré un bocado  
nada más, y al punto vengan  
unas cuantas seguidillas  
bien cantadas, porque vean  
Rinconete y Cortadillo

qué musica tan mañera  
sabemos tocar sin trastes,  
sin clavijas y sin cuerdas.

(Cervantes describe así esta música: «...y la Escalanta (aquí la Cariharta), quitándose un chapín, comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma, nueva, que allí se halló acaso, y rascándola, hizo un son que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín; Monipodio rompió un plato é hizo dos tejoletas, que, puestas entre los dedos, y repicadas con gran ligereza, llevaban el contrapunto al chapín y á la escoba.» Por mi parte he visto y oído tocar estas seguidillas golpeando la escoba contra el suelo, dándola unas veces con la palma de la mano y otras revolviendo las ramas con los dedos.)

GANAN. ¿Hay una escoba?

MONIP. (Señalando una puerta) Allá dentro  
hay una de palma nueva.

(Vase la Gananciosa.)

CARIH. (Descalzándose.) Yo toco con el chapín.

MONIP. Y yo con dos tejoletas  
que voy á hacer de este plato.  
(Rompe el plato y hace las tejoletas.)

GANAN. (Volviendo con la escoba.)  
Aquí está.

MONIP. Pues á tañerla,  
y cante una seguidilla  
cada cual de su cosecha.

(Tañen los instrumentos y cantan.)

GANAN. (Cantando.) Por un castellano  
rufo á lo valón,  
tengo socarrado  
todo el corazón.

CARIH. (Idem.) Detente, enojado,  
no me azotes más,

que, si bien lo miras,  
á tus carnes das.

MONIP (Idem.) Riñen dos amantes,  
hácese la paz;  
si el enojo es grande  
es el gusto más.

(Suenan fuertes golpes en la puerta izquierda del foro y cesa la música.)

### ESCENA XV

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE,  
CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO,  
SILBATILLO, MONIPODIO, TAGARETE desde dentro, y, cuando  
se indique, el ALCALDE y los alguaciles.

MONIP. ¿Quién es?

TAGAR. (Dentro.) Señor Monipodio.

MONIP. ¿Qué hay?

TAGAR. (Dentro.) El Alcalde se acerca  
con alguaciles neutrales.

(Gran confusión.)

MONIP. Señores, haya prudencia  
y no asustarse tan pronto;  
pues, como sabe cualquiera,  
la calle es de todo el mundo;  
quizá pasen y no vengan.  
(Suenan golpes más fuertes y repetidos.)

¿Quién llama?

UNA VOZ. (Dentro.) Abrid; la justicia.

MONIP. ¡Hijos, sálvese el que pueda!

(Gran espanto y confusión; atropéllanse unos á  
otros para tomar la puerta derecha del foro; Rin-

conete con la espada en la mano cubre la puerta con su cuerpo, y grita.)

RINCON. Alto; que ninguno salga de esta sala, ni se mueva, ó le costará la vida.

(Cortadillo se ha colocado junto á Rinconete esgrimiendo su cuchillo; siguen los golpes cada vez más frecuentes y violentos.)

MONIP. ¿Se puede saber qué intentas?

RINCON. Que se salven las mujeres primero.

MANIF. Soy yo antes que ellas.

(Rinconete y Cortadillo, mientras contienen á Maniferro y á Chiquiznaque, protegen la salida de los chicos y de las mujeres, después de las cuales sale Monipodio.)

RINCON. (A Maniferro.)

¡Atrás!

CHIQU. Y yo.

CORT. (A Chiquiznaque.) ¡Atrás!

MANIF. (Descnvainando la espada.) ¡Por Cristo que se acabó mi paciencia.

RINCON. No sabes cuánto me alegro.

MANIF. (Creyendo cogerle desprevenido, le tira una cu chillada.)

¡Sí?... pues toma.

(Riñen, Rinconete con Maniferro, y Cortadillo con Chiquiznaque.)

RINCON. Anduvo cerca; pero no llegó á tocarme.

(Pausa; siguen riñendo y los golpes sonando.)

Aprende á darlas como ésta. (Le hieren.)

MANIF. (Cayendo al suelo.)

¡Socorro!

(Chiquiznaque acude á Maniferro.)

RINCON. Ven, Cortadillo,  
que ya han abierto la puerta.

(Rinconete y Cortadillo desaparecen por la puerta derecha del foro, cerrándola por el otro lado, al mismo tiempo que entran el Alcalde y los alguaciles, quienes unos se apoderan de Maniferro, otros corren detrás de Chiquiznaque, y algunos tratan de forzar la puerta derecha del foro. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto primero. Parte de la flota de galeras ha avanzado sobre el río hasta el centro del foro, el resto se extiende hacia la derecha.

## ESCENA I

CORTADILLO sentado debajo del cobertizo y el MESONERO de pie.

CORT. Traedme un jarro de vino;  
pero ponedle más agua  
de la que tenéis costumbre.

MESON. Mi vino es moro.

CORT. En España  
tiempo ha que todo es cristiano,  
y el vino lo es más que nada.  
Echadle también azúcar  
de la que tengáis más blanca,  
y estrujad medio limón.

MESON. Vamos, queréis limonada.

CORT. Quiero refrescar, me ahogo  
de calor. Esta mañana  
llegué rendido á Sevilla,  
después de un día de marcha,

y tengo una sed tan grande  
que con nada se me aplaca.

MESON. Pues yo os puedo remediar,  
que tengo un vino y un agua  
en mi bodega, más frescos  
que la nieve.

CORT. Pues ya tardan  
en venir.

MESON. (Retirándose.) Vendrán á escape.  
(Pausa.)

CORT. (Pensativo.) Está royéndome el alma  
la curiosidad. ¿Qué ha sido  
de Rinconete? ¿Dónde anda?  
Desde que dejé á Sevilla,  
hace ya cinco semanas,  
¿qué se ha hecho? ¿dónde ha ido  
á parar?... (Pausa.) A sus instancias  
puse pies en polvorosa,  
y aun entré de mala gana  
á servir á aquel hidalgo...  
Y todo, ¿por qué?... La causa,  
en vez del terrible espanto  
y el temor que le inspiraban  
á Rinconete, á mí... á mí...  
no solamente me agrada,  
sino que hace mucho tiempo  
que acaricio esa esperanza. (Pausa.)  
¡La leva!... ¿Y qué? ¿qué es la leva?  
Es tener lo que hace falta  
para vivir; es estar  
hoy aquí y allí mañana,  
correr, viajar, ver mundo,  
ir muy lejos... tener alas,

y volar, siempre volar;  
¡lo que amo! ¡lo que me halaga! (Pausa.)  
Pero él se obstinó en que no,  
y yo le dí mi palabra;  
cada cual fué por su lado,  
elegimos esta plaza  
para volvernos á ver  
cuando la leva pasara...  
y aquí estoy, sin que me importe  
que haya leva ó que no la haya.

MESON. (Apareciendc.) Va á tomarse su merced  
la más fresca limonada  
que se ha bebido en Sevilla.

CORT. (Después de beber.)  
Cierto que sí; tantas gracias.

MESON. ¿Y venís por mucho tiempo?

CORT. No lo se; según me vaya.

MESON. Si gozáis de buen humor,  
lo que es ruido y algazara  
no ha de faltaros.

(Pausa; Cortadillo bebe otra vez)

¿Y habéis  
elegido ya posada?

CORT. Aún no.

MESON. Si os queréis quedar  
aquí, en mi mesón...

CORT. No es mala  
esa idea; porque el sitio,  
á decir verdad, me agrada.  
Hay aquí mucho horizonte,  
mucha luz; el río pasa  
al alcance de la mano,  
y ha de haber entré las ramas

de esos árboles frondosos  
muchos pájaros.

MESON. No faltan.

CORT. Me quedo.

MESON. No ha de pesaros.

CORT. Me alegro con toda el alma. (Pausa.)

¿Y qué hay de nuevo en Sevilla?

MESON. Pues de nuevo, casi nada;  
mucho calor, mucho ruido,  
las gentes como unas Pascuas  
y el dinero por las nubes.

CORT. Eso mismo es lo que pasa  
en mi pueblo.

MESON. En todas partes,  
por lo visto, cuecen habas.

CORT. ¿Y esas galeras?

MESON. Pues son  
unas galeras que hoy zarpan  
para las Indias.

CORT. ¿Hoy mismo?...  
¡dichosos los que se vayan!  
Cuentan que es un gran país.

MESON. ¡Ya lo creo! ¡como que anda  
allí el oro á puntapiés!

CORT. Y decidme, aquella casa,  
¿quién la habita?

MESON. ¡Ah! ¡si supiérais!...  
es una historia muy larga.  
Hará poco más de un mes  
que una tarde fué asaltada  
por la justicia.

CORT. ¿De veras?

MESON. Y sacaron á la rastra

á dos bravos que, si mal  
no recuerdo, se llamaban  
Maniférro y Chiquiznaque.

CORT.

¿Qué fué de ellos?

MESON.

Por ahí andan,

después de que la justicia  
les calentó las espaldas  
y estuvieron en la cárcel  
veinte días, y eso gracias  
á un tal señor Monipodio,  
que es el dueño de esa casa,  
y tiene con la justicia,  
yo no sé por qué, vara alta;  
pues fuera mucho mejor  
que á todos los de su casta  
les colgasen de la horca.

CORT.

¿Según eso, es gente mala?

MESON.

Lo peor que hay en Sevilla.

(Breve pausa y transición.)

Si su merced no me manda  
nada más, voy allá adentro,  
porque estoy haciendo falta.

CORT.

Id con Dios.

MESON.

Si algo os ocurre,  
con que deis una voz, basta.

## ESCENA II

CORTADILLO y á poco MONIPODIO.

CORT.

¡Cómo me las compondré  
para averiguar en dónde,  
si está en Sevilla, se esconde

Rinconete!... ¡no lo sé!

(Monipodio sale de su casa; breve pausa.)

¡Calle! Allí veo al señor  
Monipodio. Este quizá  
darme noticias podrá  
de Rinconete, mejor  
que nadie. A tiempo ha venido.

(Va á su encuentro.)

Señor Monipodio...

MONIP. ¿Quién  
me llama?

CORT. Miradme bien,  
si no me habéis conocido.

MONIP. Aunque sólo te vi un día,  
y en ese día una hora,  
y otro pareces ahora  
de aquel que entonces veía,  
bien me recuerdo de ti,  
Cortadillo.

CORT. El mismo soy.

MONIP. ¿Estás en auge?

CORT. Lo estoy.

MONIP. Has prosperado.

CORT. Así, así.

MONIP. ¿Alguna herencia?

CORT. Ninguna.

MONIP. ¿Acaso el hurto?

CORT. Tampoco.

MONIP. ¿Qué fué ello entonces?

CORT. Un poco  
que me ayudó la fortuna;  
pues he visto realizada

una ilusión que hasta ayer  
juzgué imposible; tener  
buen traje y mejor espada.

MONIP. ¿Cómo vinieron á ti?

CORT. Un hidalgo me los dió  
que satisfecho quedó  
de lo bien que le serví.

MONIP. ¿Y vuelves á nuestra vida?

CORT. Más alto volar intento.

MONIP. ¿Más alto?

CORT. Sí.

MONIP. Pues lo siento;  
será mayor la caída.

CORT. Hé dejado las tijeras  
para ceñirme una espada,  
y desde hoy no quiero nada  
con bolsas ni faltriqueras.  
Sueño ahora en cosas más grandes,  
y pues tengo corazón,  
y no me falta ambición,  
iré á las guerras de Flandes,  
de Nápoles y Milán  
á morir allí ignorado  
combatiendo, ó de soldado  
llegar pronto á capitán.

MONIP. Has dicho bien; sueños son.  
Y en esa aventura extraña  
que proyectas, ¿te acompaña  
Rinconete?

CORT. Aún ocasión  
no tuve de verle; pero  
si me queréis indicar  
dónde le puedo encontrar,

también decidirle espero.

MONIP. No le he visto desde aquel  
malaventurado día  
que tú sabes. Yo os hacía  
juntos siempre á ti y á él.

CORT. ¿Y Gananciosa?

MONIP. Tampoco  
de ella he vuelto á saber más  
desde entonces. ¿Crearás,  
Cortadillo, que estoy loco?

CORT. ¿Por qué?

MONIP. Porque, la verdad,  
no me cabe en la cabeza  
que hayáis hecho la simpleza  
de dejar nuestra hermandad.  
¿Hay profesión, por ventura,  
más útil y provechosa,  
ni existencia más dichosa,  
ni ganancia más segura?

CORT. Pero esa vida no es vida.

MONIP. No sabes lo que te dices;  
¡pues si somos más felices  
cuanto es ella más perdida!  
Vivimos, aquí inter nos,  
como has visto, muy contentos  
faltando á los mandamientos  
de la santa ley de Dios;  
pues sobre todas las cosas,  
sólo amamos el hurtar,  
y nos complace jurar  
con palabras espantosas  
y en vano, su dulce nombre;  
sin santificar las fiestas,

porque el que cumple con éstas  
nos parece que no es hombre.  
Y nada quiero decir,  
si á honrar padre y madre vamos,  
cuánto no les deshonramos  
con tal modo de vivir.  
No hay, mediando beneficio,  
con nosotros no matar;  
y mucho menos no hurtar,  
que el hurtar es nuestro oficio.  
Si de falsos testimonios  
vivimos y dé mentir,  
yo creo que esto es servir,  
más que á Dios, á los demonios.  
No desear la mujer  
ajena, y no codiciar  
los bienes de otro, es hablar  
de lo que no hemos de hacer.  
Y si es que algún mandamiento  
por alto se me pasó,  
también á ese se faltó  
sin ningún remordimiento.  
Así siempre hemos vivido,  
sin que háya siquiera un día  
turbadó nuestra alegría  
haber á Dios ofendido;  
porque lo hacemos de suerte  
que todos nuestros pecados  
nos han de ser perdonados  
en la hora de la muerte;  
pues Dios sabe en su alto juicio  
cuánto el bien apetecemos,  
y si pecamos, lo hacemos

porque es ese nuestro oficio.  
Todo lo cual te demuestra  
lo que dije anteriormente,  
y es: que en el mundo no hay gente  
tan feliz como la nuestra.

¿Y tú nos quieres dejar  
por ir en pos de aventuras,  
que tan sólo desventuras  
y disgustos te han de dar?

CORT. Es cierto; pero repare  
que el hurtar, aun yendo bien,  
tiene sus quiebras también.

MONIP. ¡Dónde irá el buey que no are!

CORT. Habiendo un poco de suerte,  
se hace en la guerra fortuna.

MONIP. De cada mil veces, una;  
los más encuentran la muerte.

CORT. Algún día ha de ocurrir,  
y mucho mejor que ahorcados  
es morir como soldados  
luchando.

MONIP. Todo es morir.

CORT. Es verdad; morir es todo.

MONIP. Y ningún muerto protesta  
por si le mataron de esta  
manera ó del otro modo. (Transición.)

Y dime, ¿cuándo te vas?

CORT. No lo sé.

MONIP. Espero de ti  
que te despidas de mí.

CORT. ¡Pues no faltaría más  
que me olvidase de vos!

MONIP. Ven á verme cuando quieras.

(Monipodio se retira por el fondo izquierda, y Cortadillo le acompaña.)

CORT. Sí iré.

MONIP. ¿De veras?

CORT. De veras,  
señor Monipodio.

MONIP. Adiós. (Vase.)

CORT. Que él os guarde. (Pausa.) Y yo á correr  
por Sevilla, á ver si encuentro  
á Rinconete ahí adentro  
antes del anochecer.

(Se dirige al fondo derecha, donde se encuentra  
con la Gananciosa que sale por la Puerta de la  
ciudad.)

### ESCENA III

CORTADILLO y GANANCIOSA

GANAN. ¡Cortadillo!

CORT. ¡Gananciosa!

¡Os hallo al fin!... ¡qué alegría!

GANAN. ¡Y qué desgracia la mía!...

CORT. ¿Qué decís?

GANAN. ¡Tan espantosa!

CORT. Hablad pronto. ¿Qué ha ocurrido?

GANAN. Rinconete...

CORT. Por favor,

¿qué le sucede?

GANAN. Un traidor  
le denunció y le han prendido.

- CORT. Si ha sido eso nada más,  
pronto libre le veremos  
otra vez.
- GANAN. No volveremos  
á verle jamás.
- CORT. ¿Jamás?  
¿Pues qué crimen cometió?
- GANAN. Ninguno; pero la leva  
esta tarde se le lleva  
á las Indias.
- CORT. Iré yo  
en lugar suyo.
- GANAN. ¡Si fuera  
posible embarcar los tres!
- CORT. Por mi parte, fácil es;  
pero vos, ¿de qué manera?
- GANAN. ¡Y yo que un mes le he tenido  
oculto, y, cuando veía  
llegarse el último día,  
seguros de haber salido  
con bien de tan ruda prueba,  
la delación de un cobarde  
nos pierde la misma tarde  
en que ha de partir la leva!
- CORT. Quizá aún le salvemos; voy  
á verle.
- GANAN. Es en vano; están  
presos, y ya no saldrán  
hasta que se embarquen hoy.
- CORT. Tengo un proyecto.
- GANAN. También  
en mi interior yo batallo  
con una idea que no hallo

- modo de explicarme bien.
- CORT. Todo el daño que ha hecho el odio lo remediará el valor.
- GANAN. Y lo vencerá mi amor.
- CORT. Veré al señor Monipodio, y, por su gente ayudados, á tiempo de ir á embarcar, en motín hemos de entrar revueltos con los soldados sin que nada se respete, y, cuando la confusión sea más grande, habrá ocasión de salvar á Rinconete.
- GANAN. No, no os deis por entendido con Monipodio y su gente, que entre ellos precisamente está el que nos ha perdido.
- CORT. ¿Maniferro?...
- GANAN. El mismo, sí.
- CORT. No importa; lo intentaré.
- GANAN. Yo otro medio buscaré.
- CORT. Hasta luego.
- GANAN. ¿Aquí?
- CORT. Aquí.

(Vanse; Cortadillo por la derecha y Gananciosa por la izquierda; esta última se cruza en el fondo con Chiquiznaque y Maniferro, que vienen muy embozados en sus capas.)

ESCENA VI

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, y, cuando se indique, el  
MESONERO.

CHIQU. ¿Has visto?... es la Gananciosa.

MANIF. La misma es, sí.

CHIQU. Ha pasado  
junto á nosotros corriendo  
como alma que lleva el diablo,  
y no nos ha conocido.

MANIF. Es posible.

CHIQU. (Después de una corta pausa.) No me canso  
de admirarte, Maniferro.

MANIF. ¿Por qué?

CHIQU. Porque por muy bravo  
que sea un hombre, si este hombre  
sufre cualquier desengaño  
de la mujer á quien quiere,  
jura, gruñe, grita, hace algo  
que manifieste su pena;  
mas tú pareces un palo  
con forma de hombre; yo creo  
que tienes alma de cántaro  
y ni sientes ni padeces.

MANIF. Sí padezco; pero callo.

CHIQU. ¿Quieres á la Gananciosa?

MANIF. La quiero.

CHIQU. ¿Sientes acaso  
perderla?

MANIF. Lo siento.

CHIQU. ¿Tratas

de lograrla?

MANIF.

De eso trato.

CHIQU.

¿Y por qué cuando era tuya  
la perdiste?

MANIF.

¿Yo?

CHIQU.

¡Pues claro!

Si hubieras hecho con ella  
lo mismísimo que yo hago  
con la Cariharta!...

MANIF.

¿Qué?

CHIQU.

Darla jarabe de palo,  
que en los disgustos de amor,  
es un remedio probado.

MANIF.

Yo no pego á una mujer.

CHIQU.

Pues haces mal, que los palos  
para todas las mujeres  
son como mano de santo.  
Ellos endulzan el genio  
más desabrido y amargo,  
y suavizan el carácter  
más quisquilloso y más áspero;  
á la que es dura, la ablandan;  
á la que tiene los cascos  
á la gineta, dan juicio;  
á la desdñosa, halagos;  
á la inconstante, constancia;  
á la arisca, amable trato;  
á la gruñona, sonrisas,  
y á la soberbia, en el acto  
la hacen servicial y humilde;  
y así como en los nublados  
atruena, llueve, graniza,  
relampaguea, y hay rayos

y centellas, y después  
que la tormenta ha pasado  
el aire es más puro y fresco  
y el sol y el cielo más claros,  
así también hay más gusto  
y placer tras de los palos.

MANIF. No me convences.

CHIQU. Peor  
para ti, si no haces caso,  
algún día ha de pesarte.

MANIF. Sentémonos.

(Se sientan bajo el cobertizo.)

CHIQU. ¿No tomamos  
más que asiento? Me parece  
muy poco.

MANIF. Pide; yo pago.

CHIQU. (Gritando á la puerta del mesón.)  
¡Ah de casa! Mesonero.

MESON. (Apareciendo.)  
¿Quién llama? (Aparte.) (¡Calle! los bravos;  
¡vaya un par de buenas piezas  
para cogerlas á lazo!)  
(Alto.) ¿Qué desean sus mercedes?

CHIQU. Que traigas un par de jarros  
de lo fresco.

MANIF. Sobra uno;  
yo no bebo.

MESON. ¿En qué quedamos?

CHIQU. En que te traigas los dos,  
porque yo solo me basto  
para beber como siete.

(Se retira el Mesonero y sigue una pausa.)

- ¿Conque al fin le echaron mano?  
MANIF. Al fin.
- CHIQU. ¿Y cómo supiste  
dónde se ocultaba?
- MANIF. Hablando  
con la Escalanta, una amiga  
de la Gananciosa.
- CHIQU. ¡Vamos!  
ella te lo dijo, y tú  
le denunciaste.
- MANIF. En el acto.  
Así me vengo de ese hombre,  
así á los dos les separo  
para siempre, y volverá  
la Gananciosa á mi lado.
- CHIQU. Está comprendido el juego.
- MESON. (Aparte.) Aquí tenéis los dos jarros  
de vino. ¿Se ofrece más?
- MANIF. Nada más.
- MESON. ¿Quién paga el gasto?
- MANIF. Yo. Tomad.
- MESON. (Aparte, mirando con desconfianza la moneda.)  
(Parece buena.)  
(Alto á Maniferro.)  
De aquí sobra...
- MANIF. Os lo regalo.
- MESON. Mil gracias.  
(Aparte, retirándose.) (Bien se conoce  
que no te cuesta ganarlo.)
- CHIQU. ¿Es decir, que á Rinconete  
se le llevan de soldado  
á las Indias?
- MANIF. Hoy.

HIQU. Me alegro,  
porque no me era simpático  
ese mozo. ¿Y Cortadillo?  
MANIF. La del humo.  
HIQU. ¿Se ha ocultado  
también?  
MANIF. Ya no está en Sevilla.  
HIQU. Mejor; me ahorra el trabajo  
de mandarle al otro mundo;  
porque... ¡vaya si le mato!

### ESCENA V

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la CÁRIHARTA, y, cuando se  
indique, CORTADILLO.

ARIH. (Aparece por la derecha, y dice gritando:)  
Chiquiznaque; ¡eh! no te bebas  
todo el vino; déjame algo.  
HIQU. Habiendo mosto, parece  
que la llaman con reclamo.  
ARIH. ¿Hay un sorbo para mí?  
HIQU. Bebe agua.  
ARIH. El agua hace daño.  
HIQU. ¡Revienta!  
ARIH. No estoy de humor.  
HIQU. ¡Es lástima!  
ARIH. ¿Y este jarro?  
¿Es para ti, Maniferro?  
MANIF. No.  
ARIH. ¡Ah grandísimo borracho!

¿y te querías beber  
tú los dos?

CHIQU. ¡Como hacen tanto!

CARIH. Os voy á dar...

CHIQU. Un disgusto.

CARIH. Dos noticias.

CHIQU. Suelta el trapo.

CARIH. Antes voy á remojarme  
la boca. (Bebe.) Pues es el caso  
que han prendido á Rinconete,  
y esta tarde, en esos barcos,  
se le llevan á las Indias.

CHIQU. ¿Quién te lo ha dicho?

CARIH. Ahora acabo  
de encontrarme á Cortadillo.

MANIF. ¡A Cortadillo!

CHIQU. (Alarmado.) ¡Mil rayos!  
¿Cortadillo está en Sevilla?  
¿está en Sevilla?

CARIH. Ha llegado  
esta mañana.

MANIF. ¿Y ya sabe?...

CARIH. Todo.

CHIQU. ¿Todo?... ¡pues estamos  
divertidos, Maniferro!

MANIF. ¿Qué te ha dicho?

CARIH. Me ha contado  
la prisión de Rinconete.

MANIF. Nada tiene eso de extraño.

CARIH. Y añadió que sois vosotros  
los que le habéis denunciado,  
y que, si esta misma tarde  
no logra ponerle en salvo,

Chiquinazque y Maniferro  
van á morir á sus manos.

HIQU. ¿Eso dijo?

ARIH. Como lo oyes.

HIQU. (Levantándose después de apurar apresuradamente  
el vino.)

Puesto que hemos terminado  
la conversación y el vino,  
me voy de aquí; porque si hallo  
á Cortadillo, me pierdo  
como tres y dos son cuatro.

(A Maniferro.)

¿Qué dices tú?

ANIF. Nada digo.

HIQU. ¿Qué piensas hacer?

ANIF. Lo que hago.

HIQU. ¿Te quedas aquí?

ANIF. Me quedo.

HIQU. ¿Y si viniese?

ANIF. Le aguardo.

HIQU. ¿Y si te injuria, y la espada,  
saca contra ti?

ANIF. Le mato.

HIQU. ¡Hombre, tu calma me admira!

ANIF. No es calma, es valor.

HIQU. ¿Acaso  
piensas que yo no le tengo?

ANIF. Nunca tal cosa he pensado.

HIQU. ¡A mí no me asusta nadie!

ANIF. A mí me pasa otro tanto;  
no me intimida ninguno.

HIQU. Tengo un genio de mil diablos.

ANIF. Y yo de diez mil legiones

de demonios á caballo.

(Aparece Cortadillo por la Puerta de la ciudad viene preocupado y andando lentamente.)

CARIH. (A media voz á Chiquiznaque y á Maniferro.)  
¡Cortadillo!

(Maniferro se levanta apresuradamente, y éste Chiquiznaque se embozan y calan los sombreros hasta los ojos, continuando el diálogo vueltos espaldas á Cortadillo.)

CHIQU. (A media voz á la Cariharta.) Cariharta,  
tápate bien con el manto.

CORT. (Distraído y hablando consigo mismo.)  
No le he visto, no es posible  
verle ya.

CHIQU. (Aparte á Maniferro.) ¿Qué adelantamos  
con matarle?

MANIF. (Aparte á Chiquiznaque.) Nada.

CHIQU. Siempre  
hay tiempo.

MANIF. Sí.

CHIQU. Yo me encargo  
de no dejarle escapar.

MANIF. No se escapará.

CHIQU. Partamos.

Ve delante, Maniferro.

MANIF. Primero tú; yo te guardo  
las espaldas.

CHIQU. Cariharta,  
abre tú la marcha.

CARIH. Andando;  
ya es sabido que la sogá  
quiebra por lo más delgado,  
y, pues ha de ser, cuanto antes.

(Sale el Mesonero, que vuelve por los jarros, y presencia el resto de la escena.)

CORT. (Reparando en la Cariharta que ha llegado cerca de él.)

¿Qué tapada es ésta?

CARIH. (Con voz fingida.) Hidalgo,  
dejadme pasar.

CORT. Pasad.

(Al dejar paso á la Cariharta, que sale por la derecha, ve á Chiquiznaque, que se halla próximo á él, á la izquierda.)

¡Cómo! ¿ahora un embozado?

(Dirigiéndose á Chiquiznaque)

¿Dónde vais?

CHIQU. (Con voz fingida.) Tras de esa dama.

CORT. ¿Qué la queréis?

CHIQU. Soy su ayo.

CORT. ¿Por qué os tapáis?

CHIQU. (Echando á correr por la derecha.) Por un voto que hicimos de andar tapados.

(Al volverse Cortadillo, se encuentra con Maniferro que estaba á su espalda tratando de huir sin ser visto.)

¡Otro más! ¿Quién sois?

MANIF. (Con voz hueca.) Un hombre.

CORT. ¿Por qué vais con tal recato?

MANIF. Porque me importa. Y os ruego que me dejéis libre el paso (Amenazador.)  
porque si no...

CORT. (Yendo hacia él.) Si no, ¿qué?

MANIF. Me iré por este otro lado.

(Maniferro escapa por el lado opuesto del que iba, esto es, por la izquierda.)

ESCENA VI

CORTADILLO y el MESONERO

CORT. ¿Visteis esas fantasmas?

MESON. Las he visto.

CORT. ¿Las conocéis?

MESON. Sí tal; son Chiquiznaque  
y Maniferro.

CORT. ¿Ellos?... ¡Vive Cristo,  
que debí sospecharlo por su empaque!

MESON. Esto que os ha ocurrido,  
á la memoria ahora me ha traído  
á un valentón de espátula y gregüesco  
que ejercía el oficio picaresco,  
quien al ver que su bolsa le replica,  
retorciendo el mostacho soldadesco,  
á un corrillo llegó de gente rica.  
—Den voacedes limosna, ó por el cielo  
que he de hacer donde no, lo que hacer

[suele  
—dijo—; mas uno, que sacado había  
la espada, replicó: —Y su señoría,  
si limosna no alcanza,  
¿qué es lo que suele hacer en tal querrela?  
Y entonces, sin tardanza,  
respondió el bravonel: —Irme sin ella.  
Y luego in continente,  
dando una media vuelta aquel valiente,  
caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

- CORT. Decís bien; una cosa semejante  
me acaba de ocurrir en este instante.
- MESON. (Retirándose.)  
Me vuelvo á mi quehacer. ¿Me mandáis  
[algo?]
- CORT. Nada.
- MESON. Quedad con Dios, señor hidalgo.

## ESCENA VII

### CORTADILLO

Es inútil intentar  
lo que no he de conseguir;  
ni él ya se puede evadir,  
ni yo le puedo salvar.  
Y después de todo, ¿qué?  
Nada pudo haber pasado  
mejor; había soñado  
ir á las Indias, é iré.  
¿Que él va á la fuerza?... no importa,  
todo es cuestión de costumbre;  
y aunque ahora le apesadumbre,  
á la larga ó á la corta  
yo sé que se ha de alegrar  
de haber dejado á Sevilla  
antes de tocar la orilla  
del otro lado del mar.

## ESCENA VIII

CORTADILLO, RINCONETE y galeotes custodiados por una ó dos parejas de soldados, todos los cuales entran por la Puerta de la ciudad. Los galeotes, entre los que viene RINCONETE, tienden un puente de tablas desde la orilla del río al costado de la galera; pasan á ésta y se dedican á las faenas propias de una próxima marcha; los soldados se colocan de centinela en los extremos del foro, y CORTADILLO, al ver á RINCONETE, corre á su encuentro.

CORT. Rinconete.

RINCON. (Abrazándole.) A tiempo llegas de despedirme de ti.

CORT. Si de mi afecto y de mí, como creo, no reniegas, no digas eso, por Dios.

RINCON. Ello es forzoso.

CORT. ¿Por qué?

RINCON. Porque hoy mismo partiré.

CORT. Pues partiremos los dos.

RINCON. Mucho me consuela verte tan decidido á venir.

CORT. Sí; estoy resuelto á seguir tu buena ó tu mala suerte.

RINCON. ¿De veras?

CORT. ¿Qué te creías?  
¿que te iba yo á abandonar?...  
Juntos hemos de pasar desventuras y alegrías.

RINCON. Desventuras; que mi estrella para siempre se nubló.

CORT. ¿Por qué?

RINCON.                    Porque se acabó  
todo para mí sin ella.  
Mejor quisiera perder  
una y mil veces la vida  
que á la Gananciosa.

CORT.    Olvida  
para siempre á esa mujer.

RINCON. Pues eso quiero, olvidar.  
¿Qué es olvidar?... que no sea  
lo que es, que no escuche y vea  
lo que oigo y veo á la par;  
es no pensar ni querer  
en lo que se piensa y quiere,  
es morir, porque el que muere  
tan sólo eso puede hacer.  
Porque mientras viva, aquí,  
en lo más oculto y hondo  
del corazón, en el fondo  
del alma mía, de mí,  
llevo su imagen, la veo,  
llevo su voz, la oigo hablar,  
pienso en ella sin pensar,  
y sin querer la desco.

CORT. Otro sol y otros lugares  
traerán luego otras ideas  
más alegres.

RINCON.                    No lo creas,  
porque no son los pesares  
cosas que dejas atrás  
al emprender un camino;  
cuando es tenerles tu sino  
les llevas á donde vas;  
y cuando nacen de amor

entrañable á lo que dejas,  
á medida que te alejas  
es más profundo el dolor.

CORT. Ya verás, cuando al romper  
mañana el alba, te encuentres  
lejos de Sevilla, y entres  
mar adentro, hasta perder  
de vista la tierra, y, grave  
y mudo, veas á solas  
cómo se estrellan las olas  
alrededor de la nave;  
cómo las flácidas velas  
se hinchan al soplo del viento,  
y sin ningún movimiento  
igual que un pájaro vuelas;  
cómo ves constantemente  
la misma, y siempre variada,  
móvil llanura azulada  
bajo un cielo transparente.  
Yo entonces, allí, á tu lado,  
te señalaré en la bruma  
las olas de blanca espuma  
que el mar alza, alborotado,  
como montes de granito;  
la noche con sus estrellas  
de viva luz, y sobre ellas  
el cielo azul, infinito;  
luego el alba luminosa,  
y el sol con sus resplandores,  
quebrándose en mil colores  
en el agua bulliciosa;  
y tras de esa inmensidad  
de aire y luz, de mar y cielo,

distinguir al fin el suelo,  
la soñada realidad  
de un mundo que viene á ser  
la tierra de promisión,  
donde encuentra la ambición  
cuanto pueda apetecer.

### ESCENA IX

CORTADILLO, RINCONETE, los soldados de guardia, los galeotes en la galera y la GANANCIOSA, vestida de vivandera.

GANAN. Rinconete.

RINCON. Gananciosa.

¿Qué traje es ese?

GANAN. Este traje

es mi equipo de viaje,  
mi uniforme, no otra cosa.

RINCON. ¿Tú de viaje?

GANAN. ¿Y qué hacer?

No pudiéndote salvar  
quise contigo marchar,  
y como siendo mujer  
era imposible, mis sayas  
por este traje he cambiado  
para estar siempre á tu lado  
é ir contigo á donde vayas.

RINCON. ¡Es posible!

GANAN. Yo tenía,  
aunque confuso, mi plan,  
que era ver al capitán  
que manda tu compañía;  
quiso Dios que le cogiera  
de buen humor cuando fuí

ahora á verle, y le pedí  
la plaza de vivandera;  
él se opuso, insistí yo  
que allá en las Indias tenía  
un hermano al que quería  
reunirme, y accedió.

Ya sabes, pues, de qué modo  
mi propósito he logrado,  
que por estar á tu lado,  
me siento capaz de todo.

RINCON. ¡Qué buena, qué buena eres!

GANAN. No es bondad, es egoísmo;  
tú hubieras hecho lo mismo  
y algo más, si es que me quieres.  
¿No lo hubieras hecho?

RINCON. (Abrazándola.) Sí.

Cortadillo, ya la vida,  
hace poco aborrecida,  
tiene encantos para mí.  
Se acabaron los pesares;  
ya no me asusta dejar  
esta tierra, ni cruzar  
la inmensidad de los mares.

Como tú, también me veo  
arrastrar por la corriente  
río abajo, blandamente;  
como tú, también deseo  
correr con vosotros dos  
al otro lado del mar,  
tener alas y volar  
por esos mundos de Dios.

CORT. Al fin pude conseguir  
ver mis sueños realizados.

GANAN. ¿Escucháis?

RINCON. Son los soldados.

CORT. Llegó la hora de partir.

## ESCENA X

CORTADILLO, RINCONETE, los soldados de guardia, los galeotes en la galera, la GANANCIOSA, el MESONERO, gente del pueblo; MONIPODIO que se adelanta al proscenio; MANIFERRO, CHIQUIZNAQUE y la CARIHARTA, que se quedan formando grupo en el extremo izquierda, medio ocultos entre la gente; por la Puerta de la ciudad llega una compañía de soldados con música de cajas y clarines; el CAPITÁN, el ALFÉREZ con la bandera, y el SARGENTO. Después de recorrer la escena, la compañía de soldados va á situarse á la derecha junto á la casa de MONIPODIO.

MONIP. ¡Hijos míos!

(Al dirigirse á abrazar á Rinconete y á Cortadillo, repara en la Gananciosa, y exclama haciendo grandes admiraciones.)

Mas ¿qué veo?

¿no es ésta?...

GANAN. La misma.

(Rinconete, Cortadillo, la Gananciosa y Monipodio forman grupo.)

CARIH. (A Maniferro y á Chiquiznaque.) Aquella es Gananciosa.

MANIF. (Muy grave y mirando hacia otro lado.)

No es ella.

CARIH. ¿Cómo que no?... ¡ya lo creo!

MONIP. (A Rinconete, Cortadillo y la Gananciosa.)

Hijos, no hagáis tal locura.

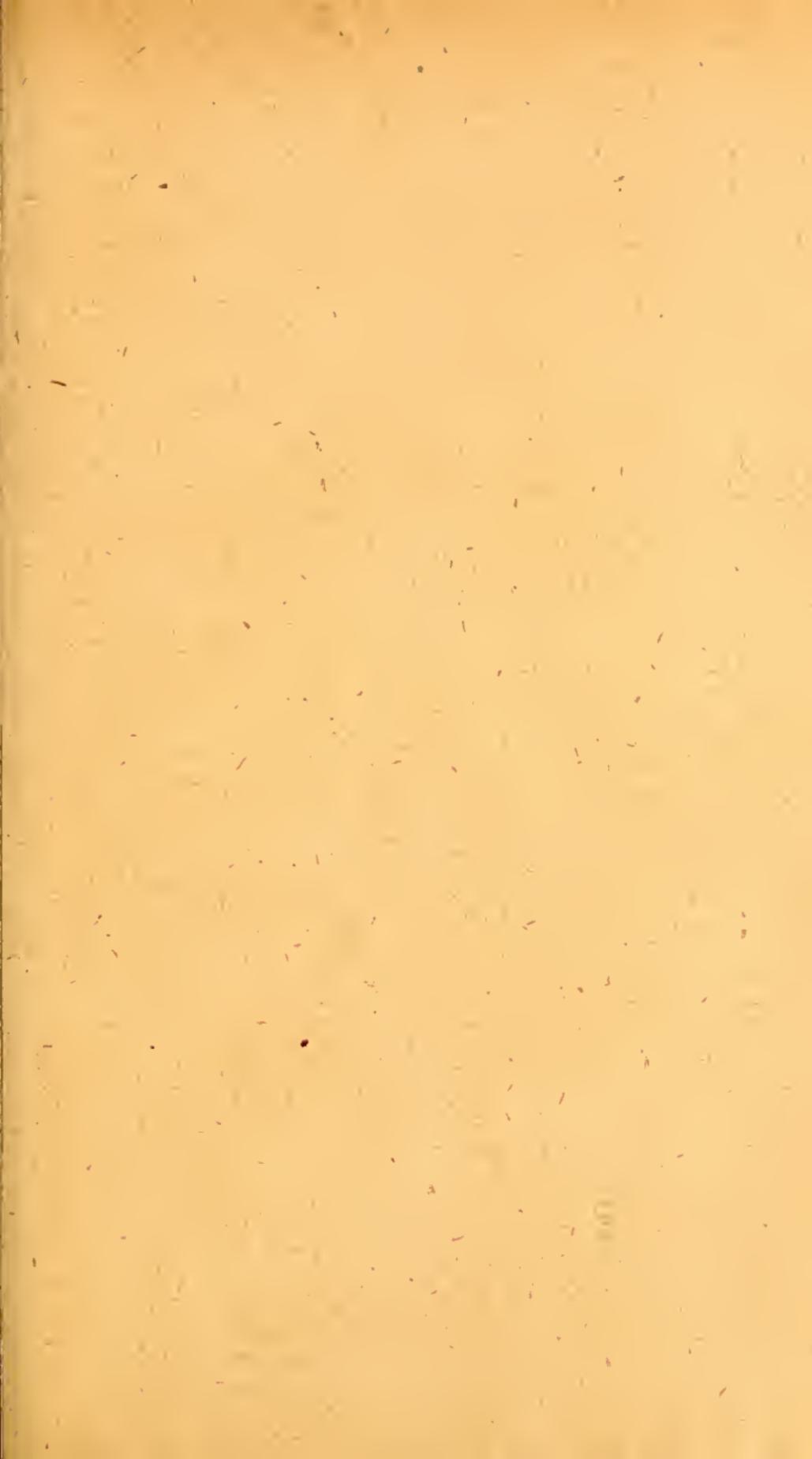
CARIH. (A Maniferro.) Digo que es la Gananciosa, Maniferro.

MANIF. No hay tal cosa.

- CARIH. ¡Soy yo ciega por ventura!  
¡Es ella!
- MANIF. (Incomodado.) ¡He dicho que no!
- CHIQU. No es ella.  
(Aparte á la Cariharta.) (Calla, mujer;  
ni él la quiere conocer,  
por no matarla, ni yo.)
- CAPIT. (Después de haber colocado en dos ó tres filas á  
los soldados, se dirige al puente de tablas, desde  
donde dice á los galeotes:)  
No hay que perder un momento;  
ya estáis á escape aflojando  
las amarras, y soltando  
todas las velas al viento.  
(El Capitán vuelve á colocarse al frente de sus  
soldados; los galeotes, unos tiran de las amarras,  
otros sueltan las velas y otros cogen los remos,  
colocándose todos en sus puestos.)
- CORT. (Al Capitán.) Señor Capitán, partir  
en esas naves quisiera  
como soldado, si fuera  
posible.
- CAPIT. Puedes venir.
- GANAN. Ya está nuestra suerte echada.
- CORT. He logrado mi ambición.
- RINCON. A buscar la redención  
de nuestra vida pasada.
- CORT. ¡No más naipes! ¡no más dados!  
¡á las Indias! ¡á los Andes!...  
¡á cortar bolsas más grandes!  
¡Seamos buenos soldados!

FIN DE RINCONETE Y CORTADILLO,

Madrid 6 de Agosto de 1895.







## Biblioteca de Filosofía y Sociología.

Tomos de 250 á 350 páginas, DOS y TRES pesetas.

- I. A. Schopenhauer.—**Sobre la voluntad en la Naturaleza**, traducción del alemán por M. de Unamuno. 2 ptas.
- II. Carlos Albert.—**El amor libre**. 2 ptas.
- III. Baltasar Gracián.—**El héroe. El discreto**. 3 ptas.
- IV. Emerson.—**El hombre y el mundo**. 2 pesetas.
- V. Nietzsche.—**El origen de la tragedia**. 2 peseta.
- VI. Inb-Gebirrol.—**La fuente de la vida**. 2 pesetas.

## Biblioteca Mignon

OBRAS DE LOS MEJORES ESCRITORES

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADAS

Precio del tomo, 0,75 pesetas.

- I. Vicente Medina.—**Aires murcianos** (poesías).
- II. A. Palacio Valdés.—**¡Solo!** (novela).
- III. Clarín.—**Las dos cajas** (novela).
- IV. Ricardo Wagner.—**Historia de un músico en París** (novela).
- V. U. González Serrano.—**Siluetas**, con retratos y autógrafos de varios autores.
- VI. Juan Valera.—**El pájaro verde**.
- VII. Luis Bonafoux.—**Risas y lágrimas**.
- VIII. Jacinto O. Picón, **Cuentos**.
- IX. R. Becerro de Bengoa.—**El recién nacido**.
- X. J. Ortega Munilla.—**Tremielga**.
- XI. José M. Pereda.—**Para ser buen arriero...**
- XII. A. Daudet.—**Una anécdota del segundo imperio**.
- XIII. V. Blasco Ibáñez.—**La encerrada** (novela).
- XIV. G. Martínez Sierra.—**Almas ausentes** (novela).
- XV. E. Menéndez y Pelayo.—**A la sombra de un roble**.
- XVI. Gaspar Núñez de Arce.—**Sancho Gil**.
- XVII. Blanca de los Ríos.—**Melita Palma**.

## COLECCION DE LIBROS PICARESCOS

EDICIONES DE BIBLIÓFILOS

Precio del tomo, 5 pesetas.

- I. Francisco Delicado.—**La Lozana andaluza**.
- II. Aretino.—**Coloquio de las damas**.—**La cortesana** (en un volumen, con grabados).
- III. Agustín de Rojas.—**El viaje entretenido** (primera y segunda parte).

EN PRENSA

- IV. Agustín de Rojas.—**El viaje entretenido** (tercera y cuarta parte.)